

Ninfa Watt

Buenos días y un puente de papel




SAN PABLO

Buenos días y un puente de papel

Ninfa Watt



Os voy a contar un secreto

Este libro guarda un secreto. Perdón, un montón de secretos. No seré yo quien los desvele, ni quien desgarre la cortina del templo, del santuario de la conciencia de nuestra autora. Pero advierto al lector. Para entrar en este libro con deseo de aprovechamiento, con espíritu de diálogo, hay que descalzarse y despojarse de lo que nos pesa, de lo que lastra nuestra mirada.

Este libro no solo se lee; se escucha; y se palpa, y se gusta, y se disfruta. Este libro es una fiesta que obligadamente hay que compartir con quienes nos rodean. Sus páginas son santuario de palabras, altar de pensamientos y, sobre todo, confesión sincera de fe, de caridad y de esperanza. Lluvia, no de estrellas, sino del elixir que hace que la vida refresque el alma. El testimonio cristiano siempre es nuevo y está fresco en la historia, es de una belleza trasparente. Arte y don; gracia y medida.

Nada hay que nos obligue a leer estas páginas como si estuvieran escritas con la rutina. Antes de que ocuparan el espacio en blanco de lo que perdura se grabaron en el corazón de nuestra autora. De ahí han brotado, como espontáneos salmos de alabanza, con una inusitada sencillez, y con una no menor pureza. Advierto al lector para que no se lleve a engaño.

Ninfa, mi querida primero alumna, luego compañera, confidente, y siempre entrañable amiga, sofrosine con hábito de Evangelio, le va a meter un gol, le va a inyectar, sin usted imaginarlo, un antivirus de pasión por la vida, que es una especie de compleja digestión, pero que produce placeres inusitados. Por entre los lugares más recónditos, las anécdotas más insospechadas, se le colará el antivirus; helicópteros y lanchas; santos y pecadores; certezas y dudas; encuentros y despedidas... Al lector se le disolverán las frases hechas, las primeras impresiones, los estereotipos, los tópicos, y las medias verdades que son grandes mentiras.

Dicen los clásicos que en el final está el principio. No seré yo quien lo niegue. Lo afirmo. En el final de este libro, en el último capítulo de este manual de «heteroayuda», está el principio. Porque esas botas de bronce que ilustran la postrera jornada de este libro, y del camino de Santiago, simbolizan el principio de la vida humana y espiritual de Ninfa, y también su pasión por lo humano y por lo divino. Ella no lo dice, y me va a permitir, y espero que a perdonar, que revele algo de uno de sus pequeños grandes secretos de los que les hablé al principio.

Las botas de bronce. Esas botas son lágrimas para Ninfa. Esas botas son las huellas de su sangre y el ADN de su raíz y la razón de no poco de su vida. Las botas de bronce, no, aquellas botas reales del peregrino que atisbó la tierra y el cielo al mismo tiempo, son

una forma poética de un último suspiro de plenitud. Son un susurro de Buenos días, son la memoria del padre de Ninfa, que falleció allí, en el camino. Desde ese día, nuestra autora se calzó las botas de peregrina y salió al camino para susurrar, sin cejar en el empeño, un ¡Buenos días! Esperanza.

Ninfa, perdona que diga que el gran secreto de tu libro es que lo que escribes lo vives, en ti, se palpa. Pero me parecía que el más certero prólogo a este libro, susurro de esperanza, solo se podía escribir pidiendo perdón y dándote, al mismo tiempo, las gracias.

Gracias, querida amiga.

JOSÉ FRANCISCO SERRANO OCEJA

Historia de unos «buenos días» y de un puente de papel

Cuando me lo propusieron me dije: «No, otra cosa más, no. Imposible meterme en nuevos líos».

Unos segundos más tarde reaccioné: me están ofreciendo tres minutos diarios en Radio Nacional para dar los buenos días y decir... lo que quiera. Tengo la oportunidad de llegar a personas con las que nunca podré encontrarme de otro modo aunque compartamos durante un tiempo una parcela del planeta tierra. Y acepté decidida.

Venía entonces la segunda parte: ¿y qué digo?

—Son solo tres minutos, un suspiro.

(¡Son tres larguísimos minutos con sesenta segundos cada uno!).

—Para mucha gente; para todo tipo de personas. Lo único que tienen en común es que, en ese preciso momento, conectan la radio en el mismo punto del dial. Por lo demás, diversidad de ocupaciones, edades, ideas, creencias, origen, cultura, sexo, situación social, económica, política, personal, familiar, geográfica...

(Es una sola persona —porque de una en una van a escuchar, sean quienes sean—. Es un único tú el que me espera, un ser humano).

—La hora, indecente: antes de las seis de la mañana. ¿Habrán quien escuche la radio a esas horas intempestivas?

(La hora, estupenda, porque basta que haya alguna persona que en ese momento busque compañía. Por ese único oyente merece la pena).

...Y si sé transmitirle en esos minutos una sola idea que le dé un poco de luz, un poco de ánimo y esperanza al empezar el día; si soy capaz de despertarle un pensamiento positivo que le alimente el alma, que le fortalezca el corazón para seguir viviendo, me doy por contenta.

De todo lo que pienso, de lo que siento, de lo que en algún momento de mi vida me ha iluminado, de las personas que he conocido y me han marcado, de las situaciones que me han hecho crecer, de lo que a mi alrededor hoy me cuestiona, puedo ir espigando ideas, sentimientos, personas, situaciones, historias... sencillamente. Cada día, una sola cosa.

Y me puse manos a la obra (manos al ordenador unas veces; manos al lápiz y al papel otras) con mucha ilusión, con mucho cariño, con mimo, pensando en «esa persona» que podría oírme, en ese momento en que su vida se cruzaría con la mía por un instante a través de las ondas de la radio (¡qué prodigio de cercanía en la distancia!). Y así lo hice.

Unos días después de comenzar mis saludos mañaneros llegó la sorpresa: ese «posible oyente» se multiplicaba en forma de llamadas telefónicas, cartas, recados... Ese posible

oyente eran muchos oyentes que se tomaban la molestia de localizarme (cosa nada fácil dado mi ritmo de vida).

Unos pedían que les enviase el comentario de un determinado día porque «*Soy médico, ¿sabe?, y me gustaría dárselo a mis pacientes*»; «*Trabajo con minusválidos, y quisiera leérselo a mis chavales*»; «*Estaba muy desanimada, y me dio tanto ánimo...*»; «*Tengo una hija de diez y siete años, y eso es lo que yo quisiera saber decirle, para que lo llevase siempre con ella*»; «*Me parecía que cada palabra era solo para mí, y desde entonces le estoy dando vueltas*»; «*Me gustaría releerlo, porque me hizo tanto bien...*».

Y yo, asombrada, les mandaba fotocopias de los textos que me pedían.

Otros daban gracias porque «*Me ayudas a levantarme con ánimo*»; «*Me alegras la mañana*»; «*Cuando oigo tu voz me da paz*»; «*Me llegó tanto lo del otro día...*»; «*Lo oigo cuando vuelvo de la discoteca en la que trabajo, y mola*»; «*En estos últimos años de mi vida me conforta*»; «*Vivo en Francia (¡desde Francia!) y escucho con tanto gusto...*»; «*Desde Roma oigo (¡¿llega hasta Roma?!) los buenos días, y me anima...*».

Y yo, maravillada, me llenaba de gratitud ante tanta buena gente que me devolvía mucho más de lo que yo había dado. Qué buena tierra la que recibe una semilla, aunque sea chiquitita, y enseguida da fruto. Qué buena tierra, mucho más que la semilla.

Otros preguntaban dónde podían encontrar el libro con los buenos días, si lo había publicado, si lo iba a publicar...

Y entonces yo, sorprendida, me puse otra vez manos a la obra. Pensé que, si por el puente construido a través de las ondas habíamos transitado regalándonos mutuamente algo positivo, por qué no construir un nuevo puente, ahora de papel. Y preparé la edición.

Durante un tiempo no supe hasta dónde y a quién llegaría mi voz a través de la radio. Y llegó a rincones insospechados. Ahora no sé hasta dónde alcanzará «el otro extremo» de este puente de papel que tienes en tus manos. No sé dónde estás ni quién eres, pero no importa. También esta vez me conformo con que una persona, una sola persona, encuentre en las palabras escritas en estas páginas una idea, un sentimiento, una lucecita que la anime, que la aliente para vivir. Me daré por contenta.

Yo ya he caminado mi parte del puente. En tu mano está el recorrer la tuya. En tus manos lo dejo. Ahora es tuyo. Con él, y de todo corazón, buenos días. A todas horas, hoy y siempre, buenos días nos dé Dios.

NINFA WATT

1

Los del siglo pasado

Buenos días a todos los del siglo pasado. Es decir, prácticamente todos, excepto los que tengan poco tiempo de vida, y esos no están más que para felices sueños.

Por más que nos pese, somos «del siglo pasado» y, aunque la expresión suene a «anticuado», somos lo más actual que puede existir, lo más prometedor, lo más real:

- los niños que comienzan hoy el colegio dejando atrás la ilusión de la noche de Reyes;
- los estudiantes y los profesores que se reincorporan a las actividades académicas;
- los que han tenido la suerte de disfrutar de vacaciones y vuelven ahora al trabajo;
- los que llevan ya una semanita de rodaje laboral en el nuevo año;
- los que ¡ya quisieran poder decir que se van a trabajar!, porque eso, ¡ay!, no está todavía en su mano, o porque eso –también ¡ay!, muchas veces–, pertenece a un pasado que no va a volver.

Unos y otros, todos, «del siglo pasado». ¿Para bien y para mal? No: para bien y para... bien. De nosotros depende.

Tenemos la oportunidad de avanzar a partir de los logros maravillosos del siglo XX y de principios del XXI: los hallazgos fantásticos de la ciencia, de la técnica, de la industria, del arte, del pensamiento, de la medicina...

Tenemos la oportunidad de aprender de los horrores sufridos para intentar que no vuelvan a producirse: las guerras, los campos de concentración, el terrorismo, la injusticia, la violación de los derechos humanos, el hambre consentida, los totalitarismos...

Tenemos la oportunidad de construir el mundo que seamos capaces de soñar. Cada uno en su pequeño círculo; todos juntos, en el gran hogar que quisiéramos hacer del planeta tierra.

Con el siglo XX a nuestras espaldas, se nos ofrece la oportunidad de vivir el futuro. Sea larga o corta nuestra vida, la nuestra, la que aún podemos vivir, está sin estrenar. La tenemos, corta o larga, por delante. Y es una oportunidad irrepetible y única para ser felices. Nadie puede vivirla por nosotros. Pues de nosotros depende el aprovechar o desperdiciar la ocasión que se nos brinda. Nuestro futuro es nuestra única, irrepetible y apasionante oportunidad.

Buenos y felices días nos dé Dios.

No es tan difícil ser amable

No es tan difícil ser amable. Hasta por el propio interés, no es tan difícil, así que ¡Buenos días!

A estas horas de la mañana, cuando las calles no están todavía puestas, a algunos nos sale nuestro peor humor; a otros nos afloran los siete males conocidos y de vez en cuando alguno nuevo; a otros nos abruma los ojos cargados de un sueño mal dormido o se nos resiste el cuerpo a obedecer lo que la voluntad manda; hay quienes prolongan la vigilia a la que les obliga un insomnio persistente y otros arrastran los últimos momentos de un horario laboral vuelto del revés. Seguramente muchos no estamos en nuestro mejor momento, pero aún puede quedarnos un pequeño espacio para algún pensamiento medianamente lúcido. Allá va: que no es tan difícil ser amable.

No se nos pide una simpatía arrolladora ni una gracia salerosa. No hay nada menos gracioso que el chistoso que se empeña en soltarnos la ingeniosidad de turno a cada momento. Tampoco hace falta que contemos los mejores chistes ni que seamos los conversadores ideales. Se nos pide que seamos, sencillamente, amables. **A-ma-bles**. Aunque solo sea por un sano egoísmo, nos interesa serlo. Si lo que se puede comprender es **comprensible**, y **legible** es lo que se puede leer, **comestible** lo que se puede comer y **plausible** lo que merece el aplauso, la persona **amable** es aquella que se puede amar, que se hace querer: es **amable**, digna de ser amada. Y, ¿hay alguien a quien no le guste que le quieran?

No es tan costoso ser medianamente amable, aunque a veces suponga un esfuerzo ante ciertas caras de perro que andan sueltas por la vida. El único requisito es intentar serlo habitualmente, hasta que forme parte de nuestro talante y no un postizo añadido para las ocasiones especiales. No es tan difícil, al menos, dar el primer paso de la amabilidad. Si el de enfrente responde de otro modo, peor para él. Cuando se es amable con los demás, de paso, se queda uno con mejor cuerpo. Así que, aunque solo sea por la propia salud física y mental... Amables del mundo uníos y, si es posible, cruzaos en mi camino con frecuencia. Va por vosotros: Buenos días.

Buenos días os dé y nos dé Dios.

Círculos virtuosos

Atención a este anuncio: *«Se busca una persona con corazón, cualificada en humanidad. No se requiere experiencia previa. Incorporación inmediata».*

No es frecuente oír o leer anuncios como este, ¿a que no? Sin embargo, raro es el día en que los informativos no nos hacen desayunar con noticias de desgarros en alguna parte del mundo, de guerras, de atentados, de crímenes.

La violencia engendra violencia, es verdad, lo vemos, por desgracia, cada día. Y entramos así en un círculo vicioso del que es difícil salir si no es para convertirse en una espiral creciente de mayores violencias. Esa cadena de mal que engendra el mal y violencia que engendra violencia, ¿es acaso imparable? ¿Vamos a cederle el rumbo de nuestra historia? ¿Contemplaremos sin más cómo toma las riendas de nuestras relaciones personales y sociales, como si se tratase de un fatalismo inevitable?

Atención a este anuncio: Señores, se busca un ser humano. Se necesita una persona capaz de detener el círculo vicioso de la violencia cuando llegue a su puerta. ¿Requisitos?: estar dispuesto a no devolver mal por mal, tener el coraje de no responder con la misma moneda de odio o rencor. Se trata de no consentir que el mal que se recibe provoque en el interior un nuevo mal, una nueva violencia que alimente el círculo vicioso de la violencia y el mal; se trata de invertir la dirección del círculo vicioso para convertirlo en... ¿círculo virtuoso, se llamaría?; se trata de que cada espiral de violencia encuentre un dique que, después de contenerla, le dé impulso y energía suficiente en dirección contraria.

Por lo demás, no importa la edad, sexo, religión, color de piel, ocupación, gustos... Ni siquiera se necesita titulación, experiencia, ni un curriculum vitae intachable. Se ofrece incorporación inmediata y el sueldo razonable de vivir en paz con uno mismo

Señores, señoras, se busca un ser humano capaz de poner en marcha círculos virtuosos a su alrededor. Interesados, incorporación inmediata, por favor. Hoy mismo. Ahora.

Y que buenos días nos dé Dios.

No es fuera de nosotros, sino dentro

Dice un proverbio chino: «*No es fuera de nosotros, sino dentro, donde hace buen o mal tiempo*».

No sé muy bien si es chino el proverbio, aunque yo les adjudico gustosamente a los chinos la autoría, pero al menos proverbio sí que es y, además, está, sin duda, lleno de sabiduría: «*No es fuera de nosotros, sino dentro, donde hace buen o mal tiempo*».

Es sabio, porque nuestra experiencia nos dice que podemos vivir en nuestro interior un cielo o un infierno, y que no siempre este estado interno coincide con lo que pasa a nuestro alrededor.

Cuando por dentro estamos bien, cuando nos sentimos a gusto y en paz con nosotros mismos, cuando tenemos suficiente color y calor en las entretelas, de qué diferente manera soportamos a ese vecino impertinente que pone la música más fuerte de lo aconsejable, o al compañero que siempre se escaquea en el trabajo, o el atasco de tráfico, o el lumbago que periódicamente nos tortura, o el desagradecimiento de quien debería reconocer lo que hemos hecho por él. Cuando dentro de nosotros hace buen tiempo, por fuera puede haber tormentas o huracanes, lluvias o fríos, que dentro se está bien. Miramos la vida como quien, detrás de los cristales, con una buena chimenea encendida, contempla caer la lluvia. Dentro de casa, cuando la casa es acogedora, se está bien.

¿Y cuando estamos mal? Ah, eso es otro cantar. Cuando en nuestro interior anidan la tristeza, el abatimiento, la inseguridad, la desesperación, el desamor, el desánimo, la angustia... Ya puede salir un arco iris de mil colores, atardecer con brochazos de belleza o brillar la más rutilante estrella. Qué mal se lleva entonces lo malo. Ni siquiera lo bueno parece tan bueno. A quien le duele el estómago no suele apetecerle ni su comida favorita. Si por dentro, en nuestras entrañas, sentimos frío; si nos llueve el alma de tristeza o la ventisca deja a la intemperie las heridas mal curadas, ¡qué frío, qué lluvia, qué viento, aunque fuera luzca el sol! La cercanía de los otros puede parecer una invasión, y su respeto, lejanía; su alegría, frivolidad; y su serenidad, apatía.

Es dentro de nosotros, y no fuera, donde hace buen o mal tiempo. Más vale que nos ocupemos de nuestro clima interior: mantenerlo cuando es bueno, y abrir las ventanas del alma cuando el aire fresco o el calorcillo reconfortante pueden renovarlo y hacerlo más habitable. Que por dentro haga buen tiempo, y ya pueden caer chuzos de punta.

Buen tiempo y buenos días nos dé Dios.

5

24 horas al día

Disponemos, desde este momento hasta mañana, de 24 horas para vivir. 24 horas con sus sesenta minutos cada una, y cada minuto con 60 segundos que unas veces se hacen interminables y otras parecen acelerarse con una prisa injustificada. 24 horas que se llenarán de pensamientos, sentimientos, acciones y omisiones. Un día completo en que nos cruzaremos con personas que, afortunadamente, o tal vez por desgracia, comparten nuestra vida.

Tratar con algunos de ellos es agradable, enriquecedor, gratificante; pero se nos hace muy cuesta arriba tener que relacionarnos con otros con los que —no nos andemos con rodeos— nos llevamos mal. Está claro que no podemos pretender gustar a todos, ni tampoco que todos, absolutamente todos los que nos rodean, nos caigan bien. Sí que podemos, con nuestra actitud, reducir el círculo de los terrenos conflictivos, pero no hacerlos desaparecer; y si alguno sabe la receta, que avise, por favor.

Hay alguien, sin embargo, con quien sí parece imprescindible que nos llevemos bien. Tendríamos que luchar denodadamente por conseguirlo y no parar hasta salir triunfantes porque, además, está en nuestra mano. Si no lo hacemos así nos condenamos a amargarnos la vida sin remedio, ya que no podemos quitarnos de encima su presencia.

Hablo de... nosotros mismos. Con otros pasaremos más o menos tiempo, pero siempre habrá momentos de evasión. Con nosotros mismos vivimos 24 horas al día sin descanso. Más nos vale llevarnos bien; más nos vale querernos y aceptarnos lo suficiente, más nos vale porque, inexorablemente, de aquí a mañana pasaremos 24 horas con nosotros mismos ininterrumpidamente.

Esto no quiere decir que tengamos que cubrirnos con una capa de cinismo que nos impida ser conscientes de nuestros errores, ni que debamos insensibilizarnos a nuestras propias culpas cuando las tenemos. Eso no es solución para no tener nada que reprocharnos. No, al revés. Se trata de vivir en paz con nosotros mismos y poder mirarnos al espejo cada mañana sin sentir asco por la persona que tenemos delante. Cuestión de coherencia. No podemos ser intachables, ni se pretende, pero sí que vivamos con nobleza, que rectifiquemos cuando corresponda y que pidamos perdón si es necesario. Aunque nadie más sepa lo que hacemos, nosotros sí lo sabemos. Con claridad, con transparencia, llevándonos bien con ese, con esa, que no nos quita ojo y que nos confronta cada día. Más nos vale, si queremos ser felices. Porque estaremos, siempre, 24 horas al día con nosotros mismos.

Hasta mañana. Y para estas 24 horas, buenos días nos dé Dios.

6

Francisco el Buenagente

Buenos días. Buenos días, como lo diría Francisco al despertar el día, al desperezarse la naturaleza toda y ponerse en marcha el reloj de las actividades de los hombres. Buenos días con la sencillez de quien se sabe una pieza necesaria en el engranaje de este mundo que quisiéramos más solidario, más fraterno, más habitable.

Francisco, el Buenagente, llamaba hermano al sol y al lobo y al fuego; y eran sus hermanas las estrellas, las flores, la luna, el agua clara, la tierra y hasta la muerte. Francisco, el Buenagente, trataba como hermanos a los seres humanos, a todos los seres humanos. Para él, todo ser era parte de ese hermano universo y estaba unido por una corriente de fraternidad universal. No era un iluso, no. Pisaba la misma tierra que los demás y conocía, y sufría a su alrededor, el odio, la discordia, el error, la desesperación, la tristeza, las tinieblas. Pero ante todo eso, su actitud no era de estéril queja. Se implicaba activamente poniendo por su parte el reverso de la oscuridad que encontraba a su paso. Y decía, en forma de oración:

Haz de mí, Señor, un instrumento de tu paz:
donde hay odio, que yo lleve amor;
donde hay ofensa, que yo lleve el perdón;
donde hay discordia, que yo lleve la unión;
donde hay duda, que yo lleve la fe;
donde hay error, que yo lleve la verdad;
donde hay desesperación, que yo lleve la esperanza;
donde hay tristeza, que yo lleve alegría;
donde hay tinieblas, que yo lleve la luz.
Maestro, haz que yo no busque tanto
ser consolado, sino consolar;
ser comprendido, sino comprender;
ser amado, sino amar.
Porque dando se recibe;
perdonando se es perdonado;
muriendo se resucita a la vida eterna.

Un tío legal, este Francisco. Aún con el hermano sueño colgando de las pestañas, y con el deseo de cruzarnos en la vida con muchos Franciscos–Buenagente, capaces de contagiarnos el virus de la fraternidad universal constructora de paz, muy buenos días.

Belleza, verdad y bien

¡Buenos días! Buenos, porque queremos hacerlos buenos. Buenos, porque deseamos que sean bellos. Buenos, porque esperamos, de verdad, que sean verdaderos como la verdad misma.

Belleza, verdad y bien que nunca serán absolutos mientras vivamos en este mundo.

Belleza, verdad y bien que se mezclarán con nuestras pequeñas mentiras, con nuestras feas mezquindades, con nuestros rincones empolvados de oscuridad.

Belleza, verdad y bien al menos como aspiración, como deseo, como compromiso. Porque en lo profundo tenemos algo que a gritos reclama la altura.

No hambrearía la tierra reseca el agua si no existiesen manantiales, ni buscaría el tallo la luz si no se filtrase algún rayo capaz de despertarlo; no rompería la semilla en brotes si no encerrase gérmenes de vida, ni el corazón humano tendría un hueco con la forma de otro corazón. Más allá de lo que se pesa, más allá de lo que se mide, más allá de lo que se cuenta, más allá, hay una belleza con perfiles de utopía que tira de nuestra vida para hacerla más hermosa; una verdad que solo a fogonazos vislumbramos, y una bondad que llama a lo bueno de nosotros haciéndonos mejores. Algo de bueno tenemos que pide espacio para florecer y lo hará si lo dejamos.

Hace unos 2000 años hubo un hombre que, según decían, pasó por el mundo haciendo el bien. Pasar haciendo el bien: qué hermosa descripción de una forma de vivir, de un ser y de un hacer; qué hermoso –¡qué sencillo... y qué difícil!– programa de vida.

Pasó haciendo el bien. Se llamaba Jesús de Nazaret y lo pagó caro, es verdad. Hay atrevimientos que tienen difícil cabida porque, sin necesidad de palabras, ponen en evidencia, por contraste, lo que otros hacemos o dejamos de hacer siendo un bien posible. Acabó mal... de momento. Antes, y después, dejó a su paso un rastro de verdad, belleza y bien. Porque pasó haciendo el bien y abrió las puertas de la vida.

Buenos días. Buenos, verdaderos y hermosos días nos dé Dios.

8

Millonarios viviendo en la miseria

¿Eres tú millonario? Pues, ¡Buenos días, millonario! Sí, millonario tú y yo, y mi vecina de abajo, y el compañero de mesa, y el conductor del autobús, millonarios muchos más de lo que nos creemos. Aunque vivamos apretados, haciendo cálculos para llegar a fin de mes, hay otra forma de riqueza de la que tal vez ni nos enteramos, y que es nuestra.

Dicen los expertos que entienden de estas cosas, que utilizamos una parte mínima de nuestras capacidades mentales. Que hasta los más inteligentes aprovechan algo así como un diez por ciento de sus posibilidades; los demás, los que somos normales y corrientes, menos todavía. ¿Qué hacemos con el resto de nuestro cerebro? Lo tenemos en barbecho, sin cultivo, olvidado, dormido o ignorado, es igual. Teniendo un tesoro, vivimos en la miseria.

Somos como ese pobre hombre que posee una fortuna sin saberlo. Vive contando el céntimo y ajustándose un cinturón al que ya no le quedan agujeros, mientras sus millones se pudren en la caja fuerte del Banco produciendo intereses. Bastaría que fuese a la ventanilla —o al despacho del director, que le recibiría enseguida—, para solicitar: «*Otro millón más esta semana*». Y se lo darían... en dólares o en euros, a elegir. Pero el pobre hombre, que no lo sabe, muere sin llegar a disfrutar de su fortuna.

Así nos ocurre: tenemos un tesoro en nuestro interior. Está hecho no solo de inteligencia de la que miden en los test. Nuestro tesoro tiene muchas formas y variadísimos matices: están los sentimientos y las emociones; la creatividad, la capacidad de análisis, de síntesis, de cálculo, de comunicación y de lógica; la intuición, el humor, la sensibilidad; el espíritu artístico, la habilidad manual, la agilidad, el sentido del orden, la agudeza visual, el ritmo y el buen oído; la serenidad que tranquiliza y la alegría contagiosa, el... Podría seguir haciendo un catálogo y no terminaría porque, por suerte, todos somos únicos y distintos, irrepetibles en nuestra riqueza. Pero tenemos que ser capaces de descubrirla en nosotros mismos, de creernos que la tenemos. Solo así podremos disfrutarla, dejarla crecer y ponerla al servicio de los demás.

Únicos y distintos, y con un tesoro dentro. Así somos. Tal vez necesitemos el plano del pirata para encontrar el camino que lleva al tesoro, pero si creemos que ese tesoro existe y está escondido en nuestro interior, no nos faltarán ocasiones de búsqueda ni descubrimientos asombrosos. No nos quedemos con la calderilla de la vida, que en lo hondo, en lo más hondo, hay cheques en blanco con valor de eternidad.

Y... buenos días.

Que los malos se hagan buenos

Buenos días al comenzar una mañana que tendrá, como todas, luces y sombras. No suele estar hecha la vida de blancos y negros contrastados: ni lo bueno es totalmente bueno, ni lo malo es puro mal radical carente de matices. Entre el blanco y el negro hay toda una gama de grises que enlaza, grado a grado, lo más luminoso y lo más oscuro de la vida humana.

Tampoco las personas somos del todo buenas o absolutamente malas. Y menos aún somos nadie quién para juzgar a qué grupo pertenece cada uno. En todos anida –en todos– algo de bien y algo de mal, luces y sombras, sean cuales sean nuestras creencias, filiaciones políticas, nacionalidad, lengua, sexo o raza. Somos, por suerte, mucho más complejos que lo que sugiere una simplista catalogación maniquea.

Pero, precisamente porque en todo hay grados, a cada uno le corresponde mirarse al espejo cada día, y que cada palo aguante su propia vela.

Dicen que los niños y los locos se atreven con las verdades como nadie. Pues bien, un niño de seis años, en un momento en que expresaba ante sus compañeros sus deseos más fervientes, dijo a voz en grito: «*Que los malos se hagan buenos, y que los buenos se hagan simpáticos*». Ahí queda eso. Hay para todos. Para los malos el encargo es claro: que se hagan buenos. O sea, para la parte de *malo* que hay en cada uno de nosotros –sea grande o pequeña esa parte–, un poco de limpieza, un poco de luz, un poco de bien. Y para los buenos... casi es más lúcida la advertencia: que sean simpáticos. Vamos, que no hace falta ir por la vida con cara de funeral de tercera ni es incompatible la bondad con la sonrisa, sino más bien al contrario. Una bondad que no incluya cierta forma de *simpatía*, tal vez no sea del todo del todo fetén. Para los buenos, o para la parte de *bueno* que hay en nosotros, una corriente fresca y luminosa de humor y cordialidad. Que cada uno tomemos nota de lo que nos corresponde. Es el deseo de un niño. Y eso es algo muy serio.

Buenos y simpáticos días. Buenos días nos dé Dios.

10

Que no nos maten la ilusión

Que no nos maten la ilusión. Que nada ni nadie nos quite las razones para vivir, los motivos para esperar. Que no nos coman la moral quienes se empeñan en ver siempre la botella medio vacía, la mota en el ojo ajeno, la negritud del futuro y los remotos desastres por llegar. Por favor, agoreros del futuro, abstenerse.

Hay quienes solo ven la parte negativa de la vida. Tienen la extraña habilidad de darle la vuelta a todo y descubrir la peor interpretación posible en las acciones de los demás. Y se arreglan además para desparramar sus prejuicios hacia los otros sembrando desconfianzas injustificadas y provocando dudas de unos hacia otros sin más motivo que su visión deformada de la realidad. Si no hay malestar, lo provocan; y si no hay barreras las construyen; donde no hay quejas las estimulan y cuando no hay desasosiego lo agitan.

¿No conoces a nadie así? Yo sí, y bastante desgracia tienen ellos de conocerse a sí mismos, la verdad es esa. Me pregunto qué les falta para tener que empeñarse en complicarlo todo y ser desgraciados a voluntad. Desconozco la medicina que pueden necesitar, pero al menos intento vacunarme contra el contagio. Es terrible cuando este mal se convierte en epidemia en una familia, en un lugar de trabajo, en una comunidad, en una ciudad, en un país.

Bastantes problemas reales tiene la vida por sí misma y bastantes dificultades inevitables nos topamos cada mañana como para que encima las inventemos donde no las hay o convirtamos en conflictos las pequeñas dificultades que tienen inmediata solución o requieren simplemente un poquito de paciencia.

Que no nos maten la ilusión a quienes la tenemos. Que no nos priven de aspirar a que este mundo nuestro sea cada vez un poco más humano, porque es posible que así sea si tú y yo y otros nos empeñamos. Que no nos impidan ver las posibilidades reales que aún están escondidas, las semillas que pueden germinar, las esperanzas transformables en hechos con un poco de esfuerzo, las cualidades escondidas de quienes nos rodean. Que no nos quemen la capacidad de disfrutar de las pequeñas cosas sencillas. Que nada ni nadie nos mate la ilusión. Es parte de nuestro tesoro.

Que tengas un buen día lleno de esperanza.

11

Estoy pensando en ti

Estoy pensando en ti querido Ángel, en ti querida Marta, en ti Rosa, Sandra, Zaida, Carlos, Ana, Elvira, Jesús; en ti María, Roberto, Yolanda, Jorge, Javi, Mary Carmen, José Luis, Elvis...

Estoy pensando en ti, que luchas por encontrar tu sitio en el mundo, tu lugar profesional, tu espacio adulto en un mundo más salvajemente competitivo de lo que parecía cuando eras un estudiante deseoso de acabar la carrera.

Sé que estás lleno de dudas. De pronto se te ha caído encima un peso mayor de lo sospechado. Casi añoras el tiempo en que no había que tomar decisiones comprometidas en las que uno corre el riesgo de equivocarse, pero que son imprescindibles para coger las riendas de la propia vida. ¡Qué fácil parecía el mundo de los adultos visto con ojos de niño! ¡Y qué cálida, qué despreocupadamente feliz la vida del niño, vista con los ojos de quien tiene ya detrás una historia que contar!

Estoy pensando en ti, que ahora solo ves un callejón sin salida y necesitas que alguien te confirme que al otro lado del túnel hay luz. Estoy pensando en ti, que estás lleno de cualidades y sin embargo llegas a dudar de tu valía porque la sociedad parece no hacerte el hueco que esperabas. En ti, que te desanimas cuando pasan los días y tus llamadas no tienen respuesta; en ti, que te avergüenzas de seguir dependiendo cuando deberías poder vivir tu vida; en ti, que a veces sientes asco al contemplar las luchas por el poder, las zancadillas para medrar y las conspiraciones mezquinas para subir aun a costa de utilizar al otro como peldaño. En ti, que temes perder el tren y quedarte para vestir santos – profesionalmente hablando, claro–.

Estoy pensando en ti sabiendo que es duro el momento que pasas. Que es mucho más fácil dar ánimos y hablar que encontrar soluciones. Lo sé. Pero también sé, y no me lo invento, que esas situaciones no son eternas. Ciertamente, se abrirá el camino y amanecerá para ti. Pero tendrás que conquistar tú con fortaleza, paso a paso, tu camino. Quisiera saber que eres capaz de avanzar con limpieza, que no cedes a las presiones de los atajos oscuros ni te vendes a cualquier precio. No sé dónde estará tu puesto, pero... gánatelo limpiamente. Hazte merecedor de lo que buscas y no te canses, que el trayecto es largo.

Que la lucha por la vida no te endurezca el corazón. Y cuando, dentro de unos años, mires hacia atrás y veas a otros como tú, piensa que es entonces el momento de la comprensión, y abre, en lo que puedas, las puertas y ventanas de tu corazón. Aunque no dispongas de un puesto de trabajo para ofrecerles, diles al menos, sinceramente: estoy

pensando en ti. Que tengas un buen día.
Buenos días nos dé, a todos, Dios.

12

**Para quien
quiera escuchar**

—«¿Para quién hablas a esas horas de la mañana?» —me preguntó un buen amigo.

—«Para quien quiera escucharme» —le respondí.

Para todas esas personas que buscan, a horas tan tempranas, un poco de compañía en la radio.

Algunos acaban de levantarse para iniciar la jornada; otros ya están ganándose el pan al volante, en las fábricas, en áreas de servicio, en la sanidad, en puestos de vigilancia... o se preparan para un trabajo intelectual en las horas en las que logran mayor rendimiento.

Hay quienes escuchan desde la cama, muchas veces con la poco grata compañía de la enfermedad o del insomnio. Y quienes necesitan algún bálsamo para impedir que la cabeza se llene de pensamientos oscuros en momentos en que la soledad muere.

Para todos ellos hablo. Para cada uno. Para una persona de la que no conozco el rostro ni la edad. Ignoro sus aficiones, sus dudas y sus creencias. No sé a qué se dedica, ni quién es su cantante favorito, ni el personaje al que más admira; tampoco su color preferido o la ilusión que despierta sus esperanzas. Desconozco su raza y procedencia, el plato que más le gusta y la talla de su ropa. No puedo oír el timbre de su voz ni sentir una caricia de sus manos. No sé los recuerdos que conserva de su infancia, cuándo se enamoró por primera vez ni el nombre de su amigo del alma. Ni siquiera su propio nombre. Lo ignoro casi todo. Pero sé una cosa, la más importante ahora. Sé que está ahí, y que me escucha. Y que espera una palabra que le desee buenos días para comenzar la mañana. Para esa persona hablo. Y me siento agradecida a ella, ¿sabes?

Eso le dije a mi amigo. Hablo para ti, porque quieres escucharme. Porque sé que estás ahí. Porque me das la oportunidad de que te diga: buenos días. De todo corazón, que tengas un buen día.

Buenos días te dé a ti y nos dé a todos Dios.

13

Sonrisas de oferta

Dicen que no hay nada tan serio que no pueda ser dicho con una sonrisa. Seguramente es verdad. Es más, muchas de las cosas serias, verdaderamente serias, es decir, importantes, requieren derroche de sonrisas. No carcajadas, ni sonrisas bobaliconas; tampoco sonrisas protocolarias, de compromiso, ni el ja-ja permanente y frívolo que resulta tan inoportuno muchas veces. Se necesitan sonrisas sinceras, abiertas, claras, acogedoras. Esas que resultan tan beneficiosas para la salud de quien las regala y tan reconfortantes para quien las recibe.

Me contaron una vez que cierta dama, muy preocupada ella por mantener la belleza, la tersura de la piel tan costosamente lograda a fuerza de tratamientos faciales y potingues caros, jamás sonreía. Temía que el gesto del rostro produjese pliegues y que después estos se convirtiesen en arrugas imborrables. Para impedirlo, había logrado que su cara permaneciese absolutamente inexpresiva en los momentos en que espontáneamente surge un gesto facial. No conozco el resultado; no sé cómo sería la espantosa máscara capaz de conservar la impavidez a fuerza de distanciarse de la vida, pero no la quisiera jamás para mí ni para las personas que me rodean.

Dichosas arrugas las logradas a fuerza de reír y sonreír; qué bonitos pliegues en la piel de quien ha regalado sonrisas a su alrededor sin cobrar por ellas; qué alegres las patas de gallo que son fruto de muchos guiños a la vida; qué precio tan barato: solo unas arrugas después de haber disfrutado viviendo la vida al pasar por ella.

No sé si la arruga en el rostro es bella, como se decía hace unos años de la ropa de cierta marca de moda pero, desde luego, la sonrisa, aunque produzca arrugas, sí lo es.

Hay personas que ponen carísimas sus sonrisas. Para arrancarles solo una hace falta desplegar toda una batería de amabilidad a su alrededor y ni por esas. Habrá que respetar, cómo no, su forma de ser, pero podemos elegir la nuestra. El ser humano es el único animal capaz de sonreír, y algunos no han tenido la suerte de aprenderlo, tal vez porque no lo han visto a su alrededor. Si no nos es tan difícil, podríamos poner nuestras sonrisas en oferta permanente, al servicio de quien las quiera. Así: sonrisas de oferta.

Con mi mejor sonrisa al empezar la mañana te deseo buenos días. Buenos días nos dé Dios.

14

Solo por hoy

¡Buenos días al comenzar la vida que nos queda por delante! La verdad es que, si la pensamos toda junta –la vida, digo–, nos abruma. Si experimentamos todo el peso de nuestros trabajos y compromisos futuros gravitando sobre nuestra cabeza en el momento presente, nos paralizamos incapaces de mantener ningún tipo de fidelidad. Si fuese solo una vez, vale, somos capaces casi hasta de heroísmos, pero tener que hacer algo siempre, para siempre... Se nos quitan las fuerzas incluso para esas pequeñas cosas que, a fin de cuentas, son las que van labrando día a día nuestra vida.

Hace unos años, un hombre que tenía fama de buena persona, y además era muy sabio, encontró la forma de ayudarse a sí mismo. Y escribió el decálogo de la serenidad. Dice así:

1. *Solo por hoy trataré de vivir exclusivamente el día, sin querer resolver el problema de mi vida en un momento.*
2. *Solo por hoy tendré el máximo cuidado en mi aspecto: cortés en las maneras, no criticaré a nadie y no pretenderé mejorar ni disciplinar a nadie sino a mí mismo.*
3. *Solo por hoy seré feliz en la certeza de que he sido creado para la felicidad, no solo en el otro mundo, sino en este también.*
4. *Solo por hoy me adaptaré a las circunstancias, sin pretender que las circunstancias se adapten a mis deseos.*
5. *Solo por hoy dedicaré diez minutos de mi tiempo a una buena lectura; recordando que, como el alimento es necesario para la vida del cuerpo, así la buena lectura es necesaria para la vida del alma.*
6. *Solo por hoy haré una buena acción y no lo diré a nadie.*
7. *Solo por hoy haré por lo menos una cosa que no deseo hacer, y si me sintiera ofendido en mis sentimientos procuraré que nadie se entere.*
8. *Solo por hoy me haré un programa detallado; quizá no lo cumpliré detalladamente pero lo redactaré. Y me guardaré de dos calamidades: la prisa y la indecisión.*
9. *Solo por hoy creeré firmemente –aunque las circunstancias demuestren lo contrario– que la buena providencia de Dios se ocupa de mí como si nadie más existiera en el mundo.*

10. Solo por hoy no tendré temores. De manera particular no tendré miedo de gozar de lo que es bello y de creer en la bondad.

Puedo hacer bien, durante doce horas, lo que me descorazonaría si pensase tener que hacerlo durante toda mi vida.

El hombre del «solo por hoy» se llamaba Angelo Roncalli, más conocido como Juan XXIII, aunque para muchos es, sencillamente, el Papa bueno. En su tumba siempre hay flores frescas. Tal vez porque hay personas que se dicen: «Solo por hoy intentaré ser como este hombre bueno». Y eso se lo dicen a sí mismos cada día.

Pues eso: solo por hoy, buenos días nos dé Dios. Pero eso te lo desearé todos los días.

Construyendo un puente

Estoy construyendo un puente. Ahora, mientras hablo contigo, estoy construyendo un puente. Me resultas imprescindible porque, sin ti, mi puente no tiene sentido, ni orientación, ni punto de llegada. La iniciativa es de los dos, cada uno desde su extremo, y los dos somos imprescindibles. Decido yo hablarte y decides tú escucharme, y en ese instante entre los dos dibujamos un puente sin que importen el tiempo ni el espacio. No vale de nada mi palabra si tú no la acoges; es inútil tu escucha si yo no la lleno ahora con mi voz.

Estoy construyendo un puente impalpable hecho de palabras y de ondas que llegan hasta ti, estés donde estés. No sé cómo es tu rostro, pero sé que estás ahí haciendo que este puente nuestro siga en pie mientras te hablo, mientras me escuchas, mientras dejemos que la corriente de comunicación nos una.

Y me pregunto, y te pregunto, cuántas veces empleamos las palabras no para construir puentes, sino para levantar murallas. Y me pregunto, y te pregunto, cuántos puentes harían falta para saltar los muros que con nuestras palabras construimos a fuerza de lanzarlas cargadas de discordia. Me pregunto cómo podríamos ir hoy, tú y yo, por las calles, construyendo puentes para quien quiera usarlos. Puentes hechos de mirada acogedora, de sonrisa serena, de saludo cordial, de silencio prudente, de respuesta oportuna.

Sueño un mundo atravesado de puentes inmateriales que conectan a los hombres en todas direcciones. Ciudades y pueblos atravesados por puentes que no dañan el medio ambiente y ante los que ningún ecosistema se resiste. Puentes que saltan los fosos, que atraviesan los muros, que superan los olvidos, que reconstruyen los caminos bloqueados y horadan las moles graníticas del rencor. Puentes que no necesitan ingeniero ni permiso de obras porque están hechos de luz y de esperanza.

Constructores de puentes, lanzadores de puentes como se alarga la mano dispuesta al saludo esperando otra mano que la estreche amigable.

Constructores de palabras como puentes, de puentes como palabras pronunciadas desde las entretelas para ser desde las entrañas acogidas.

Desde mi extremo del puente ese que estoy construyendo contigo, allá va mi saludo esta mañana. ¡Buenos días!

16

Dolor sí, pero no heridas

Dolor sí, pero heridas no, por favor. Que no es lo mismo el sufrimiento que la llaga. Una cosa es que algo duela, que haga sufrir, y otra muy distinta el que deje heridas incurables.

Duele el desamor, duele el engaño; duelen —¡hay que ver, cuánto duelen!— las traiciones de aquellos en quienes confiábamos. Duelen, cómo no, los fracasos, la enfermedad, la impotencia ante las propias limitaciones, la conciencia de que poco a poco perdemos facultades. Duele mucho, mucho, hasta dejar el alma en carne viva, el arrancón de la muerte de las personas queridas. Duele a veces el vivir mismo, el vivir a fondo.

Tenemos un corazón con tanta capacidad de sufrimiento, que ojalá no lleguemos nunca a palpar sus límites. Que no lleguemos a sufrir todo lo que somos capaces de soportar, porque podemos siempre con más de lo que imaginábamos y sacamos las fuerzas no se sabe de dónde. Pero que al menos sea por algo que merece la pena, y no por esas tontadas que, a veces, incomprensiblemente, nos montamos los seres humanos.

Un corazón sensible, equilibradamente sensible, seguramente es capaz de sufrir tanto como de gozar por cosas verdaderamente valiosas. En la misma medida y proporción el dolor y el gozo, la capacidad de sufrir y la de disfrutar de la vida y ser feliz. Es su reverso, la otra cara de la moneda, la otra expresión de unas fibras interiores acogedoras de la vida. Por eso el dolor, inevitable, también enseña y fortalece, y hace madurar, y saca a flote nuestros mejores resortes... siempre que se sepa encajar, claro.

Las heridas son... otra cosa. Las heridas son marcas negativas que nos deja el dolor mal asimilado. Cicatrices que muchas veces esconden una infección sin curar, huellas feas de un pasado doloroso que se mantiene abierto y supurando, un desgarrón de alma.

Las heridas mal curadas se enquistan y acumulan rencor, distancia, semillas de odio o resentimiento y alguna de las mil caras del escondido y avergonzado deseo de venganza.

Las heridas mal curadas siguen escociendo con un zumbido sordo y amargo, como quien escarba en ellas una y otra vez incrustando más y más el tornillo de la amargura. Y cuando menos lo esperamos, se reabren y expulsan pus sin por ello sanearse, como un volcán que estalla y esparce la lava manteniendo en su interior el potencial para seguir abrasando.

Esas heridas hay que curarlas, a tiempo si es posible, y cuanto antes, mejor. Más aún si son antiguas. Necesitan ser sanadas aunque la cura duela. Hay que abrirlas, limpiarlas, dejar que brote el pus, que no quede rastro de infección para que la carne y la piel

recobren su espacio, su flexibilidad y su tersura a fuerza de verdad, aceptación, reconocimiento, reconciliación con nosotros mismos y con los demás.

Lo ideal sería una medicina preventiva: no dejar que la vida nos hiera. Es que, a la hora de la verdad, la vida solo nos hiere si nos dejamos. Podemos sufrir, sentir el dolor sin que nos hiera, sin que nos dañe por dentro sin remedio.

Podemos sufrir, como podemos gozar sacando de ello fortaleza, experiencia, nuevas energías para vivir. Solo quedamos heridos, dañados por dentro, si nos dejamos. Que no nos hiera el dolor, que no nos dañe. En nuestro mundo interior solo entra lo que permitimos que entre. Y mientras de ese hondón del alma no salga ningún mal, estamos sanos.

Aunque nos duela la vida, tan hermosa, tan dolorida a veces.

El niño que llevamos dentro

El niño que llevamos dentro necesita mucho mimo. Ese niño que hemos sido y que desde siempre ya era lo que aún podemos ser, no importa nuestra edad ni nuestro miedo.

Es la parte de nosotros que aún se maravilla al descubrir un mundo renovado cada día. ¿Acaso no sigue siendo asombroso el arco iris trazado a brochazos tras la lluvia? ¿Es que las telarañas no son ya un prodigio de puntilla prendida en insólitos rincones? ¿No son pasmosas las hormigas, tan hacendosas ellas, infatigables con sus pesadas cargas? ¿No suena ya a música el crujido de hojas secas en otoño? ¿Es que no entran ganas de bailar con el traqueteo del tren? ¿Acaso ya no juegan las olas cuando van y vienen y nos mojan, y vienen y van y se escapan de la orilla? ¿No sigue siendo imposible pisar la propia sombra? ¿No es un prodigio en filigrana cada pequeña flor perdida entre la yerba, tan única, tan derroche de belleza gratuita? ¿Es que ya no danzan los pájaros dibujando coreografías siempre nuevas en el cielo?

Capaz de admirarse, nuestro niño al madurar se hace filósofo, científico o poeta. Pero sigue en el fondo siendo un niño capaz de asombro, de pasmo y maravilla.

Nuestro niño, el que llevamos dentro, necesita jugar de vez en cuando, reírse, bromear, no tomar tan en serio ciertas cosas, cambiar el orden y romper esquemas. Dispuesto a inventar, madura y se hace artista, o intuye nuevas formas y construye, proyecta, diseña y organiza. Pero sigue jugando ahí en su fondo el niño juguetón que salta y ríe.

Nuestro niño necesita caricias. Es frágil y entiende de ternura. Le duele lo que araña y agradece los besos que desea. Ardiente el corazón, al madurar, es capaz de una entrega generosa, de amar a pecho abierto, dar y darse. Pero sigue siendo un niño en el fondo acurrucado que quiere que le acunen si el miedo le despierta, y que calmen sus temores a fuerza de cariño.

Nuestro niño, el que llevamos tú y yo dentro, tiene sueños, se emociona, a veces siente nervios de víspera de fiesta o le tartamudea el corazón esperando a un ser querido.

Está ahí, si le dejamos, el niño que fuimos y aún hoy somos.

Que no se nos muera. Que no se nos duerma. Que hay algo de niño en nosotros que aún se maravilla, que juega y se emociona, que sabe de ternura, que sueña, que mira con asombro y ojos limpios si en nuestra madurez dejamos que se asome y alegre nuestra vida.

Desde la niña que fui y desde dentro palpita, para el niño, la niña que tú fuiste y aún hoy eres, un regalo hecho deseo: para ti, buenos días.

Para todos los niños que somos, buenos días nos dé Dios.

18
No digas
«no puedo hacerlo»

«**N**o digas: “no puedo hacerlo”; di: “todavía no lo he intentado”».

Cuando lo leí me llamó la atención. Me pareció una frase llena de sabiduría y le di vueltas una y otra vez. Entonces la hice mía. «*No digas: “no puedo hacerlo”; di: “todavía no lo he intentado”*». Después descubrí en ella una clave para vivir y fui modificándola y adaptándola a cada circunstancia:

No digas: “no sé hacerlo”; di: “todavía no he aprendido”.

No digas: “no soy capaz”; di: “todavía no lo he logrado”.

No digas: “no valgo”; di: “todavía no me he preparado lo suficiente”.

No digas: “soy incapaz”; di: “todavía necesito más ejercicio, más esfuerzo, más constancia”.

No digas: “no soy capaz”, “no valgo”, “no puedo”, “no sé”; di: “lo intentaré”, “me esforzaré”, “aprenderé”, “lo conseguiré”.

Me lo digo a mí misma, se lo repito a mis alumnos, se lo sugiero a mis amigos. Y no lo hago por ningún absurdo voluntarismo, porque me empeño en cerrar los ojos a la realidad y no quiera ver que, en ocasiones, se topa uno con auténticas barreras insalvables, no. Para decir que algo es insuperable, para dejar de luchar en una dirección hay que estar seguro de que se trata de una limitación real. Entonces es el momento de la aceptación, pero eso ya es otra película. Además, el dejar de pelear frente a un muro insalvable solo ha de servir para dar un rodeo y comenzar el intento por un flanco más vulnerable.

Lo interesante es que no nos rajemos antes de tiempo. Y sobre todo, sobre todo, que no nos cerremos puertas nosotros solos. Que dejemos de repetirnos: “no, no, no..., no sé, no puedo, no sirvo...”, porque entonces nos bloqueamos. Simplemente, “todavía no”, pero mirando a un futuro abierto.

Cada vez que miramos al pasado y decimos: “no valgo”, “no puedo”, “no sé”, bloqueamos nuestras capacidades.

Cada vez que nos situamos en el presente y, ante una dificultad aún no superada, decimos “bueno, todavía no”... abrimos las puertas de la esperanza. ¿Quién ha dicho que no?

Tal vez, hasta hoy, todavía no, pero mañana, ¿por qué no? O mejor aún, hoy mismo, ¿por qué no? Solo sé que hasta hoy no había podido; hoy puede ser. Me quedan tantos intentos como permita mi constancia. Sencillamente, «todavía no».

Por cierto, hoy «todavía» no he dicho: “buenos días”. Ahora sí: muy buenos días.

19

Estoy llena de deudas

Estoy llena de deudas. No sé tú, pero yo, de deudas hasta las cejas. De las que no agobian, todo hay que decirlo, porque más que pesar alivian. Me explico: en cuestiones de amistad estoy permanentemente endeudada, soy morosa sin remedio y sin intención de cancelar las cuentas. Ninguno de mis acreedores me persigue ni guarda en sus bolsillos facturas de impagados, porque el campo en que vivimos, ellos y yo, es de los libres.

Y es que... ¡debo tanto a mis amigos!

Les debo los ratos de buena conversación y los momentos de silencio compartido. Les debo esa escucha elocuente que con su sola presencia tira de mis palabras y las llena de vida.

Les debo el que sigan mis razonamientos cuando necesito ordenar mis ideas; que me discutan con pasión cuando con pasión discuto; que me esperen cuando me abismo en mi interior y me acompañen en mis alegrías; que estén ahí, aunque sea en la distancia y aunque el tiempo espacie los encuentros.

Me regalan su clima de confianza, el tesoro de su palabra, la parte de verdad que ellos vislumbran. Me dan la oportunidad de que también yo les escuche, espere y acompañe. Que comparta con ellos las ideas, sentimientos, proyectos, ¡tantos sueños! Y todo eso les debo.

Me dan y me reciben. Me dejan que les dé y que les acoja. Me miran... con amor, y así les miro. Sabemos suavizarnos las tristezas y alegrarnos si el otro está contento.

Como niños que intercambian sus cromos más preciados, intercambiamos sin peso ni medida los libros, las lecturas, las músicas, las risas y las cosas. Los descubrimientos son «nuestros» y no ponemos *copyright* a nuestros logros. Me tratan con respeto y cercanía y con respeto cercano les respondo. ¡Qué difícil equilibrio, capaz de mantener las relaciones más profundas! También eso les debo.

Y así, se acumulan sin límite mis deudas. No se pueden pagar, no tienen precio. Pagar es imposible, y tonto el intentarlo. Gratitud a montones se acumula y solo la amistad – derroche generoso de encuentro tú a tú– la calma y alimenta. Pero hay que cultivarla, cuidarla en lo que vale y hacer que no se enfríe. Acumular deudas sin remedio, de las que no se pagan porque no tienen precio.

Te deseo lo mejor: buenos amigos. Y que a ti, a mí y a nuestros amigos, buenos días nos dé Dios.

20

**¡Si te mandé
dos lanchas...!**

¿Empezamos la mañana con un chiste? Allá va:

Érase una vez un hombre que tenía una enorme confianza en Dios. Un día se desató una terrible tormenta, se desbordaron los ríos y el pueblo se inundó. Ante la catástrofe todos los habitantes comenzaron a evacuar la población, pero nuestro hombre se negaba a abandonar su casa: *«No, yo no me muevo de aquí. Soy un hombre de fe y Dios me ayudará»*.

Pero las aguas crecían y se acercó a recogerle una lancha de salvamento. *«No, yo me quedo. No me va a pasar nada. Me fío de la ayuda de Dios»*.

Horas más tarde se acercó una segunda lancha de salvamento porque las aguas llegaban al tejado. Allí subido, el hombre seguía rechazando la ayuda que le ofrecían. *«Dios no me va a fallar –decía–. Marchaos tranquilos»*. Después de insistir tuvieron que continuar el salvamento de los últimos aislados en peligro, dejándole encaramado en su empeño testarudo.

Por fin llegó un helicóptero y se detuvo sobre el tejado. *«Agárrese a esa escalerilla de cuerda –gritaron–. Es su última oportunidad»*. Las aguas llegaban al cuello del hombre que aún resistía. *«Déjenme. Mi confianza en Dios hará que Él me proteja y me salve»*.

Las aguas siguieron subiendo y, naturalmente, el hombre se ahogó.

Al llegar al cielo se encontró con Dios.

—Señor –se quejó compungido–, *¿cómo es posible que me abandonases! Yo me fiaba de ti y tú no me ayudaste cuando te necesitaba*.

—*¿Cómo que no!* –respondió Dios–. *¡Si te mandé dos lanchas y un helicóptero...!*

Pues eso: que a veces nos quedamos mirando al cielo sin darnos cuenta de que, a nuestra altura, y de una forma muy sencilla, movidos desde el cielo, eso sí, se nos acercan lanchas y helicópteros, nos alargan la mano... y no nos enteramos.

Atención, que en cualquier momento llega nuestra lancha. ¡Buenos días!

El amor no es ciego

El amor no es ciego, qué va. Al contrario: el amor ve más allá, mucho más allá y con toda nitidez.

Ciego es el odio que no deja resquicios de luz para la reconciliación. Ciega y tuerta y bizca es la envidia, que todo lo retuerce, lo cruza y lo deforma. Corta de vista, miope es la mezquindad, incapaz de reconocer lo bueno de los otros. El desánimo tiene vista cansada y solo ve con claridad lo que queda ya muy lejos en los almacenes de la memoria que idealizan el pasado. Los prejuicios sufren de daltonismo y ven las cosas de un color distinto al de la realidad.

Ciertamente, cuántos problemas de visión tenemos, pero la dificultad, desde luego, no está en la ceguera del amor.

Tenemos serias complicaciones en los ojos con los que percibimos el mundo muchas veces, y no hay gafas que puedan corregir esa mirada. No hay forma de graduar las lentes que corrijan, desde fuera, lo que desde dentro está dañado.

¿Ciego el amor? ¡De ninguna manera!

El amor es el único capaz de reconocer desde lejos, con vista de lince, los perfiles de la persona querida.

El amor distingue con toda nitidez los pequeños detalles que son signo de algo bueno más oculto.

El amor sabe descubrir todo lo verdadero, bello y bueno del otro, aunque los demás no lo vean, aunque nadie más lo perciba. Ve también lo que aún está en germen, lo que es una capacidad que puede desarrollarse, lo que tiene forma de semilla y promesa de fecunda cosecha. Ve las potencialidades de bien, y en esperanza ya las ama. ¿Ciego el amor? Pero si ve más que nadie, si disfruta de otra forma de belleza, incomprensible para algunos porque no se ajusta a los cánones estéticos establecidos.

Qué cegatos estamos cuando no nos damos cuenta de que hay bellezas muy profundas que no se ajan con el paso del tiempo ni necesitan camuflarse bajo un maquillaje corrector.

Somos tan tontos que ante un apuesto enamorado que mira embelesado a una criatura poco agraciada, que ante una guapísima enamorada arrobada junto a su amado contrahecho decimos: «El amor es ciego». Y nos quedamos tan tranquilos. Ciegos nosotros, que no vemos más allá. Ciegos, tuertos, miopes y daltónicos nosotros cuando no penetramos en lo que el amor descubre.

El amor mira con buenos ojos; contempla con ojos buenos y reconoce enseguida lo que se le parece.

Qué suerte si nos miran con amor, porque verán lo bello de nosotros.

Qué bien si en nuestros ojos hay amor, porque veremos más allá, mucho más allá, con buenos ojos, con ojos buenos, con ojos de ese amor que, digan lo que digan, no es ciego.

Estrenamos libreta

¿**E**stamos de estreno? Sí, estrenamos el día. El tiempo es todo nuevo.

¿Hay algo que no te deja vivir en el presente? Tú verás. No sirve de nada almacenar despensas atiborradas de nostalgias; lamentos por lo que pudo haber sido y no fue. Girones del alma prendidos en un «tal vez» que no llegó a ser verdad.

No merece la pena vivir en el pasado añorando perdidos exfuturos que no van a volver. No existen ya los caminos que un día se abrieron a nuestro paso y entonces no acogimos. No podemos trazarlos de nuevo a nuestros pies pretendiendo que sean transitables hoy de nuevo. Además, ¿quién nos dice que hubiesen sido mejores que la senda que emprendimos? A qué viene dar vueltas otra vez a culpas atrasadas, buscando unos porqués que no tienen respuesta (y lo sabemos).

Lo pasado pasó. Deja que pase. Conserva en tu memoria lo bueno que marcó tu vida en otro tiempo y déjalo crecer si tiene vida. Lo malo déjalo. Ya fue, se terminó. No puede hacerte daño si tú no lo visitas y lo haces renacer en el presente.

Lo que pudo haber sido y no fue, no fue, no des más vueltas. No vas a cambiar ese pasado fijado ya en el tiempo para siempre. Solo puedes sanear sus efectos negativos –si aún los tiene– soltándote del mal que te hace daño.

Pasemos esa página: pasó. Delante de nosotros todo es nuevo y una página en blanco nos espera. Como los niños que estrenan su libreta procurando esta vez no hacer tachones, no correr y llegar al final con buena letra, podemos, con el día, comenzar.

Estrenamos libreta. Estrenamos el día. Lo pasado pasó. Hoy todo es nuevo. Con buena letra, despacio, la página está en blanco. ¡Buenos días!

23

Receta casera

Mi amiga Esther conoce una receta casera que siempre sale bien. Lleva años experimentándola y cada vez resulta mejor. Será por la práctica.

No es receta de cocina, aunque alimenta.

Tampoco es receta de farmacia, pero cura muchos males.

Ni ella misma recuerda cuándo ni dónde la aprendió o si fue creación propia, pero no es celosa de su fórmula secreta. Si por ella fuese, la convertiría, sin patentes, en patrimonio de la humanidad.

Mi amiga Esther no tiene problema en conseguir los ingredientes, porque la vida misma se los proporciona cada día. No hay peligro de que falte la materia prima: ni es un bien escaso ni está en peligro de extinción. La vida, la misma vida es todo lo que necesita.

Mi amiga Esther lleva los ojos muy abiertos y no se pierde ni una.

Cuando a su lado pasa la bondad –una persona buena, vamos–, cuando observa un gesto generoso, cuando contempla un rasgo de amor, cuando algo le despierta gratitud, o esperanza, o alegría, lo coge al vuelo. Entonces se lo guarda en su interior, lo mira, le da vueltas, lo recuerda. Repite el sentimiento que el bien produce en ella deteniendo su memoria en ese punto, dejando que le dé calor por dentro. «Qué buena es», se repite, y saborea el regusto de conocer un ser bueno en este mundo. «Qué valiente», «qué justo», «qué generoso», «qué amable», «qué bien trabaja». Y se alegra de ver tanta bondad, por pequeña que sea, multiplicada en su recuerdo, y espera que le empape las entrañas un hondo sentimiento de bondad. Que no se le escape, que espere un poquito, que eche raíces, que llegue a dar fruto, que pueda crecer.

Cuando a su lado pasa la belleza, también la coge al vuelo. Y en ella se recrea, y dentro le da vueltas, la mira y la contempla. «Qué hermoso», «qué belleza», y espera a que la luz del arte y la belleza encuentre ahí su casa y anide en su interior.

Mi amiga Esther no deja pasar ningún buen sentimiento sin detenerse un instante para hacerse con él y que llegue a impregnar su perfume los muros de su mundo interior. Tantas veces la habitan de ese modo los buenos sentimientos, que se encuentran como en su propia casa.

También pasan por ella, a su lado y por dentro, otras cosas más feas, la maldad, la traición, suciedades mezquinas, sentimientos algo turbios... Los conoce, los ve, los siente, pero no les da cobijo. Abre enseguida puertas y ventanas para que no se detengan, para que haya corriente y se los lleve lejos. Que no dé tiempo a que echen raíces, que no se asienten, que no aniden, que en su casa no hay cabida, no quiere dársela a la maldad.

Que estén en su memoria el menor tiempo posible los malos sentimientos, que pasen, que se vayan sin tardanza.

A mi amiga Esther le va bien con su fórmula. No es receta de cocina, pero alimenta. No es receta de farmacia, pero cura muchos males. Y es bien sencilla: dejar que los buenos sentimientos se queden con ella y le calienten el corazón.

Buenos días nos dé Dios.

24

No todo vale

Lo siento mucho, pero no todo vale. Mejor dicho, no vale todo del mismo modo: ni las iniciativas, ni las opiniones, ni las actitudes, ni las ideas, ni las acciones.

Está muy bien respetar a los demás y ser tolerantes, evidentemente. El respeto y la tolerancia son dos valores, dos conquistas, que no deberíamos perder.

Sin embargo, por un supuesto respeto, por una falsa tolerancia, tragamos con todo. Y no, lo siento mucho, pero no todo vale, o al menos no en el mismo grado.

¿Tenemos derecho a opinar todos? Sí, claro, pero no todas las opiniones son igual de valiosas. ¿Podemos todos decir lo que pensamos? Sí, pero no todas las aportaciones son igual de importantes.

Nos acostumbramos a personas que se permiten hablar y opinar sobre todo lo humano y lo divino sin el menor rubor. Contestan con aplomo a cuestiones muy complejas que requerirían estudio, reflexión, matices... Pero ellos sueltan frívolamente las respuestas más simplistas o los tópicos más injustificados y... se quedan tan anchos. Lo peor es que los demás, aunque nos parezcan barbaridades, decimos: «Bueno, cada uno puede opinar lo que quiera». De acuerdo, cada uno puede opinar, pero no valen igual las opiniones que se apoyan en argumentos, en datos verdaderos, que las que se sueltan porque sí, las que están al servicio de falsedades o las que no tienen más fundamento que la ignorancia.

Si todo vale igual, nada vale nada. Si todo está en un mismo rasero, nada es mejor, nada es preferible. Y no es verdad. No todo vale. No del mismo modo.

El sentido común (ese tan poco frecuente, según el dicho popular) nos hace ver que hay opiniones valiosas y otras que no lo son; ideas creativas, y otras no tanto; sugerencias interesantes, y otras... menos interesantes.

El respeto, la tolerancia, no pueden convertirse en una venda que nos impida distinguir lo que de verdad merece la pena, venga de quien venga. Que no todo vale, no.

Esperemos que el día de hoy sí merezca la pena. Buenos días nos dé Dios.

25

Escuchar cuando no canta

¿Será posible escuchar a un pájaro también cuando no canta?

Para eso hay que tener una cualidad poco común: la que tenía Momo, el encantador personaje de Michael Ende.

Cuenta que todo el mundo deseaba estar con la niña.

«Pero, ¿por qué? ¿Es que Momo era tan increíblemente lista que tenía un buen consejo para cualquiera? ¿Encontraba siempre las palabras apropiadas cuando alguien necesitaba consuelo? ¿Sabía hacer juicios sabios y justos?

No; Momo, como cualquier otro niño, no sabía hacer nada de todo eso.

Entonces, ¿es que sabía algo que ponía a la gente de buen humor? ¿Sabía cantar muy bien? ¿O sabía tocar un instrumento? ¿O es que —ya que vivía en una especie de circo— sabía bailar o hacer acrobacias?

No, tampoco era eso.

¿Acaso sabía magia? ¿Conocía algún encantamiento con el que se pudieran ahuyentar todas las miserias y preocupaciones? ¿Sabía leer en las líneas de la mano o predecir el futuro de cualquier otro modo?

Nada de eso.

Lo que la pequeña Momo sabía hacer como nadie más era escuchar»^[1].

Y escuchaba a cada persona como si no hubiese nadie más importante en el mundo. Y así, escuchando con toda su atención, lograba que a los tontos se les ocurriesen ideas ingeniosas; que los tímidos se sintiesen valerosos, y los desgraciados se volviesen confiados y alegres.

Cuenta que, una vez,

«...un chico le trajo su canario que no quería cantar. Eso era una tarea mucho más difícil para Momo. Tuvo que estarse escuchándolo toda una semana hasta que por fin volvió a cantar y silbar»^[2].

Y después de una semana de «escuchar» su silencio, volvió a cantar.

Tal vez nos falte mucho de esa maravillosa cualidad: saber escuchar igual que Momo, y que a nuestro alrededor la gente se sienta segura, escuchada y feliz.

Más difícil todavía es esperar, escuchando, también cuando el pájaro no canta. En nuestro entorno seguramente también hay personas a las que tenemos que escuchar, también cuando no cantan.

Feliz día y feliz escucha, también cuando no canten. Buenos días.

26

Los sentimientos no se discuten

Los sentimientos no se discuten. Se discuten las ideas, los argumentos, las razones, las opiniones. Los sentimientos no, no pueden ser objeto de discusión.

Los sentimientos se experimentan, se sufren o se gozan, se viven, pero no se discuten.

A veces, ilusos de nosotros, pretendemos ahogarlos, no enterarnos, impedir que afloren, no saber que sentimos. Vano empeño. Nos asusta sentir y volvemos la cabeza a otra parte. Y ahí siguen los sentimientos pugnando por salir. Si no encuentran un cauce normal, se enquistan o se desbordan. Nada bueno en cualquier caso.

Se nos olvida que, de nuestros sentimientos, sean cuales sean, no somos culpables. Podemos tener culpa si nos dejamos llevar por sentimientos negativos o si los alimentamos voluntariamente. Pero, ¿culpables por sentir? No, no somos culpables de nuestros sentimientos.

Más nos vale sentir un poco más, escuchar a nuestro corazón, sentirlo y sentirnos y encauzar el sentimiento para regar nuestra tierra fecunda, para calmar la sed de nuestros buenos deseos agostados, para nutrir las ideas y que crezcan con vida. En ocasiones, darnos cuenta de nuestros sentimientos para encaminarlos a la desembocadura más próxima y evitar que sigan empapándonos.

Estaría bien, al menos, ser conscientes de lo que sentimos, porque en cualquier caso los sentimientos nos empujan a actuar de determinada manera y, si no lo sabemos, no lo podemos controlar.

Se pueden alentar, se pueden calmar, se pueden encauzar esos sentimientos que se sufren, se gozan, se viven.

Se pueden comprender, acoger, compartir. Discutirlos no. Los sentimientos no se discuten.

Que tengas hoy, sin discusión, buenos días y buenos sentimientos para vivir.

Cordialidad: un eco de corazón a corazón

Cuando algo sale del corazón produce eco. Un eco que responde de corazón a corazón.

Cuando algo sale del corazón y encuentra un corazón que lo cobije, rebota en él hecho eco cordial. «Cordial» he dicho, que viene de «corazón».

Y es que la cordialidad viene a ser eso. No un conjunto de pautas educadas ni de formalidades hechas. No es un catálogo de fórmulas que suenan agradables, ni la diplomacia protocolaria de quien «sabe estar».

La cordialidad es otra cosa que sale más de dentro. Se derrama en el gesto, en el saludo, en la mirada, en la mano que se estrecha, en el asiento que se cede, en la disculpa dada a tiempo, en la puerta que se abre, en la voz que no se agría.

Se traduce en detalles muy simples: la forma de poner la mesa, de preparar la comida. El modo de adelantarse para recoger algo que se ha caído, la sonrisa de disculpa después de un tropezón o la paciencia en la espera —ese segundo, a veces, de paciencia en la espera— cuando al de delante se le cala el coche al cambiar el semáforo.

Hay personas que, sin ser excesivamente simpáticas, charlatanas o elocuentes, saben crear a su alrededor un clima de confianza, de acogida, de cordialidad, que hace que nos sintamos cómodos a su lado

Ser cordial es ir provocando ecos de corazón a corazón con fuerza expansiva. Sin aspavientos, sin necesidad de alardear, calladamente. Como la piedra que se lanza en el estanque y hace ondas hasta llegar a la otra orilla, en silencio. Pero aquí tiene su eco, de nuevo, de corazón a corazón.

Tal vez por eso, cuando nos cruzamos con una persona buena, cuando nos hacen un favor a tiempo, cuando nos facilitan lo que para nosotros era un mundo, nos entran ganas de ser mejores.

Cor, cordial, cordialidad. ¡Cuánto encierra una palabra! Pero más encierra un corazón capaz de ir por la vida lanzando señales que tienen eco, así, cordialmente, de corazón a corazón.

Con la mayor cordialidad, al empezar la mañana, con el deseo de que se multiplique en mil ecos, de corazón a corazón, ¡buenos días!

Domingo de Ramos

Domingo de Ramos. Empieza la Semana Santa. Empiezan siete días que nos recuerdan algunos de los misterios más hondos a los que nos enfrentamos los seres humanos. El dolor, la muerte, la vida, el más allá.

Quién no ha sufrido, quién no ha perdido a un ser querido, quién no se sabe de paso en este mundo, quién no se enfrenta al dolor, quién no se ha preguntado alguna vez qué hace en esta tierra.

No hay dolor, no hay pregunta que no tenga su reflejo en estos días. No hay sufrimiento que no haya sido padecido, no hay angustia que no se haya experimentado, no hay duda que no se haya hecho duda.

Hoy, domingo de Ramos, Jesús entró en Jerusalén con los suyos, con sus amigos. El pueblo se echó a la calle para recibirle. Llevaban tres años sabiendo de ese hombre bueno que tenía palabras de consuelo, les narraba historias que encerraban el sentido de la vida, quería a la gente y estaba a su lado, era exigente pero tierno, comprendía las debilidades humanas pero les abría el corazón a verdades más profundas, dejaba paz a su paso, curaba a los enfermos, resucitaba a los muertos, participaba de sus alegrías y lloraba con ellos en la tristeza. Que era capaz de enfrentarse a los poderosos y defendía a los más débiles, que amaba a los niños y les despertaba añoranzas de libertad y de vida.

Se echaron a la calle. Querían verle, tocarle, que pisase su propio manto colocado como homenaje en el camino.

Si hubiese sido hoy, estaría rodeado de *paparazzi* y acosado por los periodistas. Saldría en todos los informativos de mediodía y su presencia en la televisión lograría los más altos índices de audiencia. Domingo de Ramos.

Esa tarde, esa misma tarde, se retiró con sus amigos, Marta, María y Lázaro, en Betania, fuera ya de Jerusalén, el lugar, ese día, de la gloria, pero no de la acogida.

Esa semana, esa misma semana, antes de siete días, moría en una cruz tras el juicio más vergonzoso de la historia de la humanidad. Esa misma semana el pueblo que le aclamaba le volvió la espalda, qué sabemos si por miedo o cobardía.

Jesús de Nazaret. No hay dolor que él no haya sufrido. No hay abandono, no hay traición, no hay tortura que no haya padecido. No hay dolor humano que no encuentre en estos días su reflejo. Pero tampoco hay dolor, ni duda ni pregunta, que no se abra a la vida en estos días. Semana de Pasión, Semana Santa. Llamados a la vida, aunque sea después de la cruz y del dolor. Llamados a la esperanza, llamados a la vida.

Buenos y santos días nos dé Dios.

Buenos días en plural

¡Buenos días! Tiene gracia, «buenos días»: lo decimos en plural. Como si no bastase la ración de una jornada. Como si diésemos rebosante y aumentada la dosis de buenos deseos que encierra el saludo. Quiero desearte que hoy seas feliz, que no sufras contratiempos, que tengas salud, dinero y amor, y no te digo «buen día». Al encontrarme contigo te saludo y te lo digo en plural, a puñados: sé feliz hoy, y mañana, y pasado, y mientras vivas. Por si mañana no te veo, por si pasado no te encuentro, por si al otro estamos lejos. Sé feliz, sigue siendo feliz, ten un buen día.

Lo mismo por la tarde. Y por la noche. No solo hoy, no solo esta tarde, no solo esta noche. Te diré «buenas tardes», te diré «buenas noches» para hoy, para siempre, dulces sueños.

Tal vez nos los damos en plural, los buenos días, para poder repartirlos con otros: buen día para ti, y buen día para los tuyos, para tu familia, para tus amigos, para tus vecinos, para tus compañeros de trabajo... Para que cuando te encuentres con ellos no escatimes lo que a ti te sobra. Para que atesores un almacén del que echar mano, siempre renovado, aun en tiempos de carestía de afecto y ánimo.

Como en un reparto de panes y peces. Como una lluvia benéfica en plena sequía. Como un viento fresco en medio del desierto sofocante.

No está mal —si el deseo que encierra el saludo es sincero—, que lo demos a chorros, en plural. Multiplicado al prolongarse en el tiempo, multiplicado al repartirlo con otros, multiplicado para que sea bueno en cantidad generosamente amplificada.

Nos damos la ración de buen deseo para hoy, y para varios días. Mañana de nuevo repetiremos lo mismo, y al otro también, solapando, amontonando buenos deseos. Que un saludo es algo más que una fórmula cortés.

Tiene gracia ese plural. Tal vez tiene también miga, si sabemos encontrársela.

Multiplicado el deseo, en plural consciente y sincero, hoy siempre, buenos días.

30

**Como piezas
de un mosaico**

1 de mayo.

Buenos días y feliz jornada a los que, con motivo del día del trabajo, están de fiesta. También a los que, con motivo de la fiesta, están hoy trabajando para que el mundo no se detenga, para que todo siga funcionando.

Y un recuerdo especial para aquellos que, queriendo trabajar, no encuentran un empleo digno y estable.

También para quienes con su honrado esfuerzo en sindicatos o asociaciones buscan mejorar las condiciones laborales de muchos otros.

Para los empresarios que con generosa iniciativa crean puestos de trabajo.

Para quienes desde la política o la economía procuran establecer marcos de relaciones que favorecen el bien común.

Para las amas de casa cuyo trabajo de 24 horas al día no se reconoce lo suficiente. Para esos hombres que desde hace algún tiempo tienen la hombría de ocupar ese mismo puesto con dedicación y empeño.

Para todos, cada uno en nuestro trabajo, es lo que importa, aunque sea el trabajo de vivir construyendo, creando, levantando entre todos el edificio del mundo. Y es que, entre todos, sea cual sea nuestro oficio o profesión, formamos un mosaico que puede ser esplendoroso. ¿Has mirado alguna vez un mosaico de cerca? No es más que un grupo de piececitas de colores. Un color y una forma pequeña, nada más. Cada tesela, cada pieza, por separado, no es más que eso, un trocito, y apenas dice nada. Pero si falta, queda un hueco que afea el conjunto.

No se nos pide a cada uno de nosotros ser una obra maestra de la pintura universal. Basta que seamos esa pieza necesaria, por muy discreta que sea su posición, aportando su quehacer, su forma y su color, ocupando su hueco del mejor modo posible.

Unos y otros, unos junto a otros, parecidos o en contraste, logramos entre todos – podemos lograr entre todos– un prodigio de alcance monumental. El mundo, que después de siete días de creación, con su descanso incluido, fue puesto en nuestras manos para que sigamos creando, necesita ese engranaje bien engrasado en el que cada uno haga bien su parte. Todos somos importantes. Nuestra pieza no lo es todo, pero mejora el conjunto.

A todos los que trabajan por hacer el mundo un poquito mejor, feliz día, feliz vida, buenos días.

31

Antes de que la vida nos sonría

Cualquiera que conozca a Daniela Copeland dirá que es una mujer a quien la vida le sonríe. Es verdad, tiene suerte y las cosas le van bien. Ha nacido con estrella y así, claro, las cosas son más fáciles. Todo es más sencillo cuando la vida te sonríe.

En una ocasión le preguntaron cuál era su fórmula. «Un momento –respondió–. Soy yo quien le sonríe a la vida. Después, es verdad, de vez en cuando, la vida me devuelve la sonrisa. Pero, que quede claro. Soy yo quien empieza el juego».

Tener suerte... que la vida nos sonría... nacer con estrella... que el viento nos sea favorable...

Podemos esperar la suerte, la estrella, el viento favorable... y puede que lleguen... o que no lleguen nunca y nos quedemos sin suerte, sin rumbo y sin travesía.

Podemos también prepararnos para que, cuando la suerte llegue, nos encuentre a punto. Podemos empezar a remar y, si de pronto se levanta el viento a nuestro favor, nos dará el último empujón; si no, mientras otros esperan la brisa favorable, nosotros estaremos llegando a la costa; y si sopla en contra, la fuerza de nuestro remo nos ayudará a resistir.

Si esperamos a que la vida nos sonría para actuar, puede que no llegue nunca ese momento ideal de empezar a dar los primeros pasos. Nos quedaremos estancados, paralizados, adormilados y adormeciendo nuestro entorno de pura apatía.

Las situaciones ideales no existen más que en nuestros sueños. La realidad es como es y no tenemos otra. De nuestro trabajo depende que las cosas sean de otro modo si es que no nos gustan. Pero lo ideal está en las metas a las que aspiramos, no en los puntos de partida. Que no hace falta que la vida nos sonría; que no hace falta que todo esté de nuestra parte y el viento a nuestro favor. La suerte no depende de nosotros; el que nos encuentre receptivos, sí.

Podemos adelantarnos, como Daniela Copeland, a sonreír a la vida. Tal vez, de vez en cuando, la vida nos devuelva la sonrisa. Y si no, habremos sido nosotros esa vida que sonríe para otros. A todos, buenos días.

Va por ti, camionero

Buenos días. Hoy va por ti, camionero, por ese que me facilita el camino cuando estoy en carretera. No sé cómo te llamas –Manolo, Paco, Luis, Germán, Antonio...– no lo sé y da lo mismo, camionero, pero hoy va por ti porque me ayudas.

Confieso que cuando te veo, no a ti, a tu camión, tapándome la vista, me molesta. Confieso que me fastidia tu tamaño, tu enorme longitud, tu anchura que me priva de ver la carretera allá a lo lejos. También tu velocidad, lo siento, en esas carreteras de otros tiempos que aún hay en España. Y quiero adelantarte y es difícil. Y de pronto vas tú y me abres camino. Así de simple.

Ganas tu pan y el de los tuyos atado al volante horas y horas, de día, de noche y con mal tiempo, y con la espalda rota, me imagino. Pero estás en lo alto y ves más lejos. Y entonces me percibes, que quiero ir más deprisa, que voy a adelantarte, que no veo... y tú, que vas en alto y ves más lejos, me regalas tu luz, tu lucecita, izquierda o derecha, y ya me orientas, me lanzas un cable de mirada lejana hecha prudencia. Un gesto, una luz, y me das paso, y yo me adelanto, ya segura, ocupando tu puesto pionero.

Qué bonito, ya ves: ir dando paso, dejar que te adelanten dando luz, porque estás en lo alto y ves más lejos. Camioneros así quisiera yo en la vida normal de cada día en la clase, en la calle, en la oficina, en la clínica, el taller, la fábrica, el mercado, el banco, el quiosco, el bar o el Parlamento. Que quien ve más, porque está en alto y ve lejos, dé luz a los demás para que avancen seguros y sin miedo. Un buen retrovisor nos hace falta para percibir la presencia de los otros estemos donde estemos. Que la vida es como una carretera en la que todos transitamos con peligro, con curvas y con riesgos.

Ya ves, Luciano, Blas, Ricardo, Víctor –da igual cómo te llames, camionero que me ayudas–: te lo agradezco. Tú tienes una luz para decirme «pasa tranquila», «espérate un momento». Yo no tengo una forma de decirte que ha sido bueno tenerte de farero. Así que, cuando veas que te paso, entiende que te digo, como hoy, «Mil gracias, camionero, feliz trayecto y buenos días a ti y a todos, camionero».

Consejeros y consejeros

La prudencia es muy buena consejera; la angustia, no. El realismo también es buen consejero; el miedo no. El sentido común aconseja de maravilla; el encogimiento no, seguro que no.

La prudencia, el realismo y el sentido común nos orientan cuando nuestros planes desbordan los límites razonables. Los tres casan bien, aunque parezca paradójico, con valentía, con audacia, con visión de futuro, con idealismo, con coraje... Y todos juntos forman un concierto armonioso y constructivo.

La prudencia, el realismo y el sentido común moderan, encauzan, serenan y ponen cimientos a los vuelos de las iniciativas impetuosas, les dan cuerpo y realidad. Hacen que aterricen, que echen raíces, que se hagan realizables.

La audacia, por su parte, la valentía y el idealismo, ponen en pie y dan aire a los destellos de ingenio y a la visión creativa que necesitan despegar hacia lo alto y no quedarse pegados a la tierra, aferrados a una mirada horizontal, demasiado rastrera y horizontal para las aspiraciones más hondas del corazón humano.

Prudencia y valentía, realismo e idealismo, sentido común y coraje emprendedor. ¡Qué bien combinan! ¡Cómo se ayudan! ¡Qué complemento en busca de la plenitud! Se ponen mutuamente el punto necesario de sano equilibrio que ayuda a avanzar con serenidad y fuerza. Como una media naranja que encaja con su otra mitad y forma un fruto redondo y refrescante, así se encuentran y enriquecen.

Nada que ver con la angustia, el miedo y el encogimiento. Estos solo ponen cepos en el momento de iniciar la carrera y se disfrazan de sensata prudencia o de prudente sensatez. Toman la apariencia del realismo y el sentido común, de la moderación y del aplomo... y no son más que eso, plomo, peso muerto que atrapa y paraliza y da malos consejos para impedir actuar.

Insisto: que la prudencia es muy buena consejera; la angustia no. El realismo es también buen consejero; el miedo no. El sentido común aconseja de maravilla; el encogimiento, el temor pusilánime, la desconfianza timorata, no, seguro, seguro que no.

Valentía y prudencia y buenos días nos dé Dios.

Tenemos la vida hecha trenzas. Hebras de tiempo trenzamos cada día en un aquí y ahora que pronto será pasado. Como un telar en el que se entrecruzan muchos hilos – cada uno con su color y su textura –, así nuestras vidas se tejen y entrelazan con otros que encontramos a nuestro paso. Con ellos caminamos, un tramo al menos de nuestro peregrinar por la tierra, y ahí se quedan, trenzados con nosotros, entretejidos para siempre en un punto de nuestra historia.

Y es que hay personas que se cruzan en nuestra vida y nos marcan para siempre dejando a su paso una huella de dulzura.

«La huella del hombre sobre el hombre es eterna», decía un pensador. Y es verdad.

Aquella profesora que confió, que creyó en nuestras posibilidades y nos ayudó a descubrir por nosotros mismos, a explorar los horizontes de nuestra mente y emprender aventuras insospechadas. La abuela entrañable con quien las caricias espontáneas eran el lenguaje habitual y cotidiano sin necesidad de vestirse de visita. El primer amor que nos despertó la emoción de querer y ser queridos. Ese amigo leal sin condiciones que siempre está ahí sin necesidad de hacer preguntas.

Tantos y tantos trenzados a nosotros, trenzados con nosotros sin tirones ni enredos.

Nuestra historia personal, la de cada uno, está trenzada con otras ya de forma inseparable. Aunque el tiempo pase y la distancia nos aleje, hay tramos de nuestra historia que hemos tejido con otros, entrelazando nuestras vidas con las suyas de forma indisoluble.

Aunque se hayan ido, aunque ya no estén, siguen estando, ahí, en nuestro pasado tejido de recuerdos entrañables; aquí, en nuestro presente alimentado de raíces que se hunden en el tiempo. Están con nosotros porque están en nuestra historia, trenzados, entrelazados, nuestros para siempre. Suyos nosotros, como huellas eternas del hombre sobre el hombre, entrelazando vidas, trenzándonos con otros para siempre.

35

Sin manual de instrucciones

Día de la madre

Llegan sin manual de instrucciones. Los niños, digo. Vienen a este mundo sin manual de instrucciones incorporado, y a ver quién es el listo que así, sin más, sabe manejarlos. Si al menos les acompañasen unas normas sencillas, no sé: «cómo cambiar las baterías», o «método de limpieza», o «cómo resolver los problemas», o «lista de los errores más comunes»...

Pero no: llegan al planeta tierra con su carga de fragilidad y ternura, con su absoluta necesidad de ayuda, con su indefensa dependencia. Y así, sin manual de instrucciones.

Menos mal que la naturaleza es sabia. Menos mal que la misma fuerza de vida que acolcha durante nueve meses el vientre grávido de la madre convertido en cuna sigue actuando: henchidos de leche sus pechos se convierten en manantial de vida, y los primeros besos chupones, ávidos, posesivos, del cachorrillo humano son para esa fuente cálida en la que encuentra a un tiempo alimento y cobijo. No sabe lo que hace, pero un impulso certero le atrae como un imán. Igual que el pececillo fuera del agua a bocanadas reclama sobrevivir, sus labios inexpertos se abren, se cierran, buscan, también a bocanadas, y encuentran un pecho con la forma y dimensión del vacío de su boca, de primer beso de vida. Y allí se sellan ansiosos, glotones de pervivencia. Y así conectan un nuevo cordón umbilical intermitente, transmisor de seguridad, alimento, comunicación y cercanía. Y en él se tejen muchos lazos que no explica la ciencia de los números.

La madre, mientras tanto, asiste asombrada a la transformación de su cuerpo mientras se deja comer, beber literalmente por el fruto de su seno, y entrelaza sus brazos tejiendo una nueva cuna humana, con mimbres de caricia y nana.

¡Qué impresionante misterio el de la vida humana recién nacida! ¡Qué misterio la maternidad, estrenándose a ciegas, desplegando riquezas escondidas que se dan generosas! Llámale amor, llámale vida, llámale energía, llámale Dios, llámale como quieras, pero ahí está, escribiendo en nuestros corazones, con marcas indelebles, los trazos que encaminan el rumbo de ese ser llamado hombre, tan grande, y ahora tan pequeño, tan dependiente, tan débil, que llega a este mundo sin manual de instrucciones, pero con el sello de la vida marcado en sus adentros.

36

Derecho a meter la pata

Buenos días. Hoy va de reclamaciones, de derechos, de reivindicaciones. El único requisito para unirse a la protesta es no ser perfecto, así que, con todos los que quieran afiliarse, proclamo y reivindico solemnemente el derecho a meter la pata y, después, el espacio y el tiempo suficientes para poder sacarla.

Porque no somos perfectos, porque todos nos confundimos de vez en cuando, porque, a pesar de la buena voluntad, no siempre salen bien las cosas:

- reivindico el derecho a meter la pata y que no me coloquen para siempre una etiqueta que me impida olvidar el error;
- reclamo el derecho a confundirme y que no se me echen encima, porque necesito levantar la cabeza para poder rectificar;
- proclamo el derecho a la equivocación porque, mientras actúe de buena fe, solo puedo hacerlo de acuerdo con mi conciencia. Si me equivoco y me doy cuenta, o me lo hacen ver, lo reconoceré, pero de nuevo, honradamente, actuaré en conciencia... aunque me equivoque.

Sé que tengo derecho a evolucionar, a cambiar después de la metedura de pata, pero me es imprescindible que me den «la oportunidad». La oportunidad... para la «sacadura» de pata.

No hablamos de casos de desidia, de falta de responsabilidad, de previsión o de interés ni de que todo dé lo mismo. Tampoco, por supuesto, de mala idea o de intenciones torcidas. Tratamos, simplemente, de esas meteduras de pata que todos tenemos y que no provocan que se acabe el mundo así que, por favor, que no cunda el pánico: son inútiles los aspavientos desmedidos, las broncas desproporcionadas, las descalificaciones agrias o la pérdida de confianza permanente.

Qué sí, que todos somos a veces un poco metepatas y, cuando nos encontramos en el trance, no nos gusta que nos hundan en la miseria. Que no pasa nada. Que lo haremos mejor en un nuevo intento.

(Por cierto, si alguno es metepatas permanente, a lo mejor sí tiene que mirar dónde falla el engranaje, no vayamos a coger gusto al asunto y se nos haga crónico el gesto...).

En serio: porque soy, porque eres, porque somos todos imperfectos, débiles y a veces metepatas, reivindico para mí, para ti, para todos, el derecho a meter alguna vez la pata. Y buenos días.

La suerte de tener abuelos

Guardo entre los pliegues de mi memoria de niña, como un tesoro, el pelo blanco, blanquísimo de mi abuela recogido en lo alto. Si cierro los ojos se asoma en mi recuerdo el roce de sus dedos angulados por la artrosis acariciando mi cabeza, peinando mi melena, pellizqueándome el cuello, juguetones. Los mismos dedos, como alcayatas, que sin perder el tacto y la caricia se animaban sobre las teclas del piano al tocar alguna pieza, de esas que recordaba sin necesidad de partituras y, aún de vez en cuando, le subían la emoción hasta los ojos.

Recuerdo su paso lento, que pretendía ser ligero; su peso en mi hombro; su orgullo complacido al contemplar los geranios más bonitos de la calle, el estallido reventón de colores que llenaba su balcón de flores. Me acuerdo de sus cuentos en la galería al caer la tarde, acurrucada a sus pies como refugio.

Recuerdo... la suerte de tener abuelos. De haber conocido a quien te engancha un eslabón más allá en la cadena de la vida. La fortuna de tener abuelos y que te cuenten historias de los tuyos perdidas en el tiempo; que te alimenten ese otro cordón umbilical que se nutre de experiencia acumulada, de sabiduría desinteresada, porque ya no hay nada que demostrar y se da toda.

Tendría que existir la posibilidad de adoptar abuelos para no perdernos esa cómplice ternura que nadie sabe dar mejor que ellos. Abuelos de carne y hueso, no idealizados, con sus achaques y sus miserias como las nuestras, pero evidentes, porque asisten poquito a poco al desmoronamiento paulatino de sus seguridades, de su poder pisar fuerte, y eso duele.

Cuando muchos luchamos por poner el mundo a nuestros pies, ellos, realmente, tienen el mundo debajo de los pies. Lentamente se adelgaza su campo de intereses y, con frecuencia, van quedándose con solo lo esencial, con lo que importa: el deseo de amor cercano de los suyos y el consuelo de una fe que les abre hacia lo eterno. Y vida, aún mucha savia de vida, mucha vida sabia que podemos recoger y transmitir si tenemos la suerte de tener abuelos; si alguien tiene la suerte de tenernos, algún día, por abuelos.

A todos, buenos días nos dé Dios. Y gracias, abuelos.

38

Para qué la sed

¿Para qué la sed?: para beber, para querer beber, para poder beber.

¿Y si no hay agua?, ¿para qué la sed? Si no existiese el agua, qué sentido tendría el ansia de beber, el reclamo de nuestro cuerpo reseco que pide calmarse. Como una alarma que se enciende, nos avisa la sed: si nos deshidratamos, morimos. Para eso sirve la sed.

Sed de agua, sed de vida, sed de amor. Nos morimos de sed a cada paso y a sorbos nos bebemos la vida y el amor.

Y queremos muchas veces detener ese tiempo que no para, dilatar el espacio que nos cerca, agarrar un instante feliz y prolongarlo sin barreras con sed de vida, con sed de amor, con sed de felicidad, un poco más allá de nuestra limitada fecha de caducidad.

Sed de vida, sed de amor, eterna sed. Sed de eternidad. De que esta pasión por vivir no sea inútil. ¿Para qué esta sed si no existiese algo más allá, y más acá, de lo que se mide, se pesa, se toca?

¿Para qué esta sed de eternidad? Si no existiese un reclamo, un imán que nos atrae, que nos hace aspirar a algo más alto, más hondo, más elevado y profundo a un tiempo, ¿para qué esta sed que a fogonazos reclama ser saciada?

Pasión inútil seríamos si esta sed nos asomara a un abismo sin torrentes.

¿Para qué la sed? Para reclamar agua, para beber agua, para refrescarnos con agua, para zambullirnos en agua.

Hay valores que no pueden morir, pues son eternos. Y los queremos eternos. Y los sentimos eternos: la verdad, el amor, el bien... todo lo que se nos queda chiquito si lo encerramos en el espacio y el tiempo. Sabemos que son algo más que no muere. ¿Para qué esa sed de eternidad que nos grita por dentro?: para buscar valores eternos y chapuzarnos en ellos.

Sed de Vida. Y hay un germen de vida que reclama estallar floreciendo en una eterna primavera renovada.

39

Conozco a una profesora

Conozco a una profesora que al llegar el fin de curso se entristece. No es tristeza exactamente, es otra cosa.

—¿Es que no se alegra de que llegue el verano?, ¿no está cansada?

—¿Sí, claro, como todos.

—¿Y no tiene ganas de terminar el trabajo?

—Por supuesto.

—¿Deseo de vacaciones?

—Como el que más.

—¿Necesidad de cambiar de ritmo y perder de vista lo rutinario?

—Sin duda.

—Entonces, ¿por qué se pone triste cuando el curso va anunciando sus últimos coletazos?, ¿por qué le entra morriña anticipada cuando sus alumnos están a punto de volar, cuando una nueva promoción deja las aulas?

—Ahí está, justo por eso. Porque en ese momento el corazón se le llena de preguntas: no es cuestión de porcentajes de aprobados; no es cuestión de temarios, de programa cumplido; no es cuestión de normas, de planes, de informes, burocracias, horarios ni papeles.

Es algo más, y por eso se pregunta:

«¿Qué he hecho con ellos? Ya se van, ¿qué les queda?, ¿qué se llevan de bueno que les sirva? Se han cruzado en mi vida todo un curso, ¿y ahora, qué? ¿He sabido poner luz en sus mentes? ¿He logrado entregar algo valioso que les anime a vivir humanizados? ¿He alcanzado a tocar sus corazones y a despertar el deseo de crecer, la fuerza para luchar, el afán por descubrir? ¿Son más sabios que ayer, cuando el curso comenzaba? ¿Son más nobles, más verdaderos, más solidarios? ¿Respetan más? ¿Agradecen? ¿Son capaces de dar más que al comienzo? ¿Se enamoran, les toca la belleza, rien más y mejor, son más felices?

De verdad, después de nueve meses —un tiempo suficiente para gestar una vida—, ¿se ha dado a luz? ¿Qué equipaje se llevan sin saberlo, en sus corazones, en sus proyectos, para volar por su cuenta? ¿Qué les queda de mí, qué les he dado?

Si no es más que una nota, triste curso. Si no es más que un papel con “aprobado”, ¡qué desperdicio de vidas encontradas! ¿Ha habido más?».

Y el deseo, la duda, la pregunta le sube a la garganta y a veces a los ojos nublados de nostalgia. No es pena, no es tristeza tampoco, es otra cosa. Es deseo de detener el tiempo

y hacer que no se vayan hasta no estar segura de que ha merecido la pena el esfuerzo, la lucha y el cansancio. Es deseo de dar a cada uno, con voluntad consciente y entregada, algo bueno de sí, como boleto para emprender un viaje merecido.

Conozco a esa profesora que ahora se levanta, a punto ya de terminar el curso, y se pregunta: ¿qué se llevan de mí? Aún hoy hay tiempo. Buenos días.

40

Vivir del cuento

Tengo un amigo que vive del cuento. Así, como suena. Narra historias como nadie y, a veces, sin pronunciar una sola palabra. Es un artista, todo hay que decirlo, y así ya se puede. Es pintor, mimo, fotógrafo, escultor, actor, poeta... Rectifico: es artista, sin más, y se expresa de mil formas porque no teme mostrarse tal cual es.

Cuenta cuentos que hablan de vida (¡porque hay tantos que mueren sin saberlo...!); de pájaros que vuelan (porque los hay que viven-mueren enjaulados); de flores naturales (porque las hay de plástico, ¡qué pena!). Cuenta cuentos de amor, de gente enamorada, de gente que se abraza y no se asusta. Cuenta cuentos de manos que se encuentran, se amansan, se armonizan, suavizan sus aristas y amoldan, convertidas, su forma en otra forma de mano acogedora. Cuenta cuentos de Dios que es padre y madre que modela con arte de alfarero la belleza en semillas creadoras, porque todos nacemos de mujer.

Algunos se sorprenden. Y él sonríe (no sé si llora por dentro a veces, pero es libre).

También cuenta –y no es cuento– el sufrimiento de las cárceles palpado en personas desgarradas, atrapadas en espirales de violencia que engendra más violencia interminable. Cuenta historias de ojos abatidos que esperan ser mirados alguna vez de frente para sentirse humanos, para recobrar la dignidad negada, para seguir viviendo. Con dolor cuenta historias sin cuento de niños sin derechos, de mujeres maltratadas, de rechazados por no ser como el canon que marcan hoy las modas para «resultar bien».

Entonces él, que vive del cuento, que da vida con sus cuentos, narra historias que encienden bengalas de esperanza en medio de la noche, y allí chisporrotean.

Algunos no comprenden, pero él sigue (no sé si llora por dentro a veces, pero convierte muchas lágrimas de otros en riego de semillas).

Él dice que esta forma de «vivir del cuento» no es invento suyo. Que la aprendió de uno que iba caminando, manchándose los pies del polvo del camino, y narrando historias a la gente: la de aquel al que atracan en la carretera y un desconocido le echa una mano; la de la viuda con una pensión bajísima que comparte lo poco que tiene; la del agobiado por una deuda que cuando consigue que le perdonen el crédito sigue siendo un tacaño con los demás; la de los trabajadores con contrato temporal... (ya sabes: el buen samaritano, el óbolo de la viuda, los trabajadores de la viña... solo que al ponerles títulos retumbantes nos olvidamos de que cuentan lo mismo, lo mismito de nuestra época de semáforos y ordenadores, porque el hombre es hombre desde el principio de los tiempos, y hambrea ser feliz igual que entonces, y como entonces busca fuerza, sentido y luz para su vida).

«¿Lo ves?», dice él, y sonríe con brillo pícaro en los ojos. «Jesús, Jesús de Nazaret,

vivía del cuento».

Algunos no se enteran, pero él sigue, como el del polvo de los pies por los caminos, esparciendo cuentos, sembrando cuentos, iluminando las vidas con sus cuentos. Porque él, por suerte para todos, vive, vive del cuento.

Y colorín colorado, este cuento empieza ahora: buenos días.

41

Una sola lengua

Pentecostés.

Cuentan los libros sagrados de judíos y cristianos que lo que pasó en Babel fue un auténtico lío. Estaban los del pueblo empeñados en construir una torre tan alta que llegase al cielo, y lo que armaron fue una confusión en la que nadie se entendía. No había forma de organizarse y, claro, acabaron como el rosario de la aurora, tirándose los trastos a la cabeza y cada uno por su lado.

Cuentan que mucho, mucho tiempo después, estaba en Jerusalén un grupo de judíos encerrado en una casa. Estaban atemorizados, porque cincuenta días atrás los poderosos habían hecho que mataran a su mejor amigo y maestro, y a ellos los miraban mal. Decían que Jesús, el maestro, aún vivía, que habían estado con él... Corrían muchos rumores, pero lo cierto es que ellos se buscaban unos a otros y estaban juntos, apoyando su temor unos con otros, mitigando el dolor, unos de otros. Algo les tuvo que pasar allí adentro. Algo les cambió las vidas. Cuentan que salieron de la casa –ellos, que estaban encogidos y asustados–, y empezaron a hablar en público sin ningún temor. Tenían una alegría contagiosa y la fuerza del fuego y el viento. Nada podía pararles.

Habían aprendido un lenguaje universal, el del amor, ese que todos entendemos y derriba barreras. Sin diferencia de raza, lengua, pueblo, nación, sexo, edad o condición social, una misma lengua, un entendimiento común. Sin necesidad de torres para llegar al cielo, aquí en la tierra, con la lengua del «amaos los unos a los otros», con la fuerza del fuego y el viento que rompe los muros y abre a la vida. (El reverso de la torre de Babel que acabó en confusión y distancia). Una lengua que todos entendemos sin necesidad de estructuras artificiales: un lenguaje de amor que extiende la paz como un vuelo de paloma; que prende en los corazones como una llama de fuego; que empuja con la fuerza del viento y abre nuestras puertas y ventanas para salir a pleno día.

¡Vive! Que se estrena hoy también la vida. Que tengas buenos días.

42
Te presto mi voz

Si quieres, hoy te presto mi voz y mi palabra. Si eres padre o madre, o maestro; si educas, si acompañas a otros mientras crecen, si se van de tu lado y quisieras equiparles de valores, sabiendo que es bueno que se marchen, que hagan ya su vida, aunque te cueste...

Para ti, por ellos, para ellos, hoy te presto, si quieres, mi voz y mi palabra:

Antes, un poco antes
de que vuelas,
quiero darte un mensaje
y que lo lleves
prendido en tu mochila
llena de sueños
que se irán derramando
por los senderos:

Busca siempre en la vida
o que es hermoso,
que la belleza puede
llenar de gozo.
No niegues nunca al otro
una sonrisa,
que para amar al hombre
hay que ir sin prisa.

No temas el quedarte
a solas contigo,
que el silencio lo llena
el más hondo amigo.
Si quieres que tu vida
tenga sentido,
mantén tu mundo interno
caliente y vivo.

No te emborrachen nunca
fama y dinero,
que no puede saciarte
lo pasajero.
Sé fiel siempre y sincero
con los amigos,
que son tu gran tesoro
para el camino.

Si algún día te encuentras
solo y cansado,
si has perdido el tren

de la esperanza,
recuerda que aquí dejas
algo que es tuyo.
Ven sin miedo a buscarlo,
que está seguro.

No me importa que olvides
mi nombre o gesto,
que hay algo mucho más
profundo que esto.
Quédate tú con todo
lo que es eterno:
amor, verdad y vida,
y olvida el resto.

Tanto he querido darte
que cuando marchas,
siento que algo de mí
misma se me aparta.

Sé que muchos querrían decir esto a sus chavales y no se atreven, o no saben cómo hacerlo, pero lo sienten. Que tal vez tú, y yo, y muchos, pensamos lo mismo. Porque queremos verles volar, pero muy alto, con alas fuertes, con mirada penetrante, con vuelo firme y seguro.

Así que, para ellos, por ellos, hoy te presto, si quieres, mi voz y mi palabra.

43

Ojo al timón

Imagina delante de ti un mar en calma. El día es claro y sereno. Allá, a lo lejos, se vislumbra tierra firme perfilada y nítida. Aquí, en nuestra orilla, nos preparamos para iniciar la travesía y dejar atrás la isla. El barco está a punto.

Imagina que nos hacemos a la mar. Conocemos el rumbo y las velas se hinchan empujadas por la brisa mientras sujetamos el timón sin esfuerzo. Sabemos que, manteniéndolo en esa posición, llegaremos en línea recta al punto exacto elegido. A babor y estribor, un mar abierto infinito. No hay ningún problema si cambiamos de opinión y preferimos otro punto de la costa como destino. Basta rectificar la posición del timón para alcanzar lo que nuestros ojos ya poseen. Partimos rumbo a proa.

Imagina que, inesperadamente, se levanta una terrible tormenta. El viento zarandea las velas sin piedad, la oscuridad se apodera del cielo y las olas descomunales convierten cada instante en peligro de naufragio. No vemos nada. El rugido del mar encabritado se lleva nuestras voces y el viento y la lluvia nos sacuden como a muñecos de trapo. Atención al timón. Ojo al timón. Arriamos las velas, equilibramos los pesos, nos sujetamos con decisión y energía. Ojo al timón. Es el momento de la firmeza, de no variar el rumbo que habíamos trazado con lucidez. Ahora no vemos nada, pero sabemos que allá, a lo lejos, había tierra firme. Sabemos, porque lo vimos a la luz clara del día, que esa dirección encamina a la costa. Ojo al timón. No varíes ahora el rumbo, que no hay luz. No tomes decisiones en las sombras empujado por el pánico. Firme al timón y espera el día.

Imagina que el cielo se sosiega. Las nubes se retiran y la luz se apodera de nuevo de las aguas calmadas lentamente. De nuevo el mar es un camino transitable abierto en mil estelas si las trazas. Ahora sí. Recobrado el sosiego y la mirada, rectifica, busca, elige. Cambia el rumbo del timón si lo deseas. Llegarás a tierra firme.

Lo dijo hace tiempo un hombre sabio. Sabio y prudente y valiente y arriesgado. Fue caballero, soldado y se hizo santo. Sus palabras en lengua castellana con cuatro siglos de experiencia acumulada suenan así: «En tiempos de desolación no hacer mudanza». Sabía lo que se decía Iñigo de Loyola, san Ignacio.

Que los momentos de oscuridad, de tristeza, de abatimiento, no son la mejor ocasión para tomar decisiones, para cambiar nuestros planes, para variar nuestro rumbo.

Cuando ruge la tormenta y el cielo se oscurece, ojo al timón, es tiempo de firmeza, de calma, de esperanza, paciencia y fortaleza. Ojo al timón y espera. Llegará la amanecida. Vislumbrando ya sus luces, buenos días.

Me gustas como eres

«**M**e gustas como eres». Qué bien nos sentimos cuando nos dicen algo así.

Me gustas como eres y no hace falta que cambies para que yo te quiera. Me gustas tú, aunque no me guste o no comparta todo lo tuyo, que eso no importa. Me gustas como eres sabiendo que tienes, como yo, tus defectos, tus lagunas y tus manías.

Está bien que seas como eres y que tú te conozcas como eres, te aceptes como eres, te respetes como eres.

Tienes tu sitio en el mundo como eres, con lo que eres y por lo que puedes llegar a ser cuidando lo mejor de tu persona. Y por eso también espero mucho de ti.

Qué alivio cuando las personas que tenemos cerca confían en nosotros sin presiones y nos dejan, porque esperan, que superemos nuestros fallos, que mejoremos, que seamos todo lo bueno que podemos llegar a ser.

Qué fuerza da esa esperanza. Qué fuerza, qué energía, qué alegría saber que alguien, nos lo diga o no, cuando nos mira piensa: me gustas como eres.

Qué buen día si quien se encuentra conmigo, o contigo, tiene al menos a una persona que, lo exprese o no con palabras, con su mirada dice: me gustas como eres, te acepto, te respeto, te quiero como eres. Y te deseo que tengas buenos días.

45

Peces atrofiados

Hay peces que tienen ojos y no ven. Aunque estén como pez en el agua. Por lo visto esos peces, teniendo ojos, son incapaces de ver porque se les han atrofiado a fuerza de oscuridad.

Viven en unos fondos oceánicos en los que la luz apenas penetra. En las profundidades en las que se mueven, la oscuridad es prácticamente total. Por eso, aunque sus ojos están bien formados, a fuerza de no ver, ya no son capaces de ver. Tienen otros modos para orientarse, claro está; si no, morirían, pero la vista la han perdido. Y así, generación tras generación, viven sin vista. Son ciegos con ojos sanos por falta de uso. Son ojos que no ven. Y no saben lo que se pierden.

Yo no sé si los seres humanos, generación tras generación, nos habremos cegado en algo para lo que estamos dotados. Si tenemos en algún lugar unos ojos que no ven. No sé si la humanidad se ha olvidado de algo que conocía, o si no ha descubierto capacidades para el bien todavía ocultas. Tal vez tengamos algún órgano que nos parece inútil, o de adorno, en el que no hemos reparado, y resulta que encierra una riqueza decisiva para nuestro progreso. O, sin necesidad de un órgano determinado, qué sentidos no habremos despertado, qué lucidez, qué posibilidades nos esperan en el futuro si sabemos descubrirlas.

A no ser que prefiramos «avanzar» sin ver. Bandadas de peces atrofiados somos si no intentamos que la sociedad sea más humana. Triste progreso es el que no está al servicio del hombre, el que avanza cegando los más elementales derechos de los hombres empezando por su vida en todas sus situaciones. Triste progreso el que cierra los ojos para no ver las injusticias contra la dignidad de todo ser humano; triste progreso el que se impone privando de la libertad de ser personas.

Ojos abiertos y que penetre la luz. Cada vez que la humanidad da un paso hacia delante en el camino de la humanización se le cae una escama de las que cierran sus ojos atrofiados. Hemos necesitado siglos para abolir la esclavitud —y aún quedan restos—; hemos tardado siglos en rechazar la pena de muerte —y aún hay quienes la defienden—; han pasado siglos hasta reconocer derechos elementales de los trabajadores —y sigue habiendo abusos—; han hecho falta siglos para lograr la igualdad de la mujer —y falta tanto, tanto por hacer...

Una bandada de peces atrofiados no es más que la suma de un pez con ojos que no ven, más otro pez con ojos que no ven, más otro pez con ojos que no ven... ¿Qué pasa en nuestra propia pecera, rozando con nosotros a cada giro? ¿Hay quienes teniendo ojos no ven? ¿Y nosotros? ¿Qué cegamos de nosotros a fuerza de no ver, de no querer ver?

Buenos ojos, buena vista y buenos días nos dé Dios.

46

No estamos solos

No estamos solos. En lo más recóndito de nosotros, no estamos solos.

Dicen, y es cierto, que la amistad tiende a igualar a los dos amigos. Que quien más tiene, quien más es, levanta al otro y lo enriquece.

Es cierto también que en las personas, en el misterio de cada persona, hay un recinto en el que no se puede penetrar sin «romper» algo. Es esa zona que debería merecernos el más profundo respeto, en la que no está permitido dar gritos, ni ser bruscos, ni avasallar... Es un ámbito lleno de poros, eso sí, perfectamente receptivo y penetrable, pero totalmente inalienable. Es la verdad, la mansión de la verdad de la persona, si es que se quiere aceptarla abierta y limpiamente. Ahí no hay discusiones. Ahí se es, o no se es. Y nadie tiene derecho a irrumpir violentamente en lo sagrado. Ni uno mismo siquiera tiene derecho a profanar su propio misterio.

Pero ahí, en lo más íntimo, no estamos solos.

Aun en el amor más intenso, hay algo en el otro que no se puede acaparar ni poseer. Si se pretendiese llegar hasta ahí adentro, deformaríamos el amor, la amistad, la fraternidad. Todo lo demás, sí; eso no entra en el terreno del «tener».

Aun así, en lo profundo no estamos solos.

Cada persona debe poder ser libre por sí misma, única, distinta. Incluso en la fusión de almas se llega a un límite, que no tiene que ser en absoluto una barrera, sino un motivo de comprensión y respeto amoroso hacia el misterio del otro.

Tenemos un recinto interior de soledad en compañía, una morada de la que nosotros mismos tenemos que encontrar la puerta. En los demás... **solo Dios** puede entrar. Solo Dios sabe entrar y llenar, porque penetra sin romper el misterio, ni el silencio, ni el amor...

Ahí, en lo más hondo, no estamos solos.

Silencio, por favor

Silencio, por favor, un momento de silencio. Que se detengan los ruidos: los coches, los portazos, la música estridente, la moto que petardea, los gritos desabridos, el niño del vecino que juega a las canicas y tiene un tambor nuevo... y se empeña en practicar.

Cómo agradece nuestro sistema nervioso un respiro de tanto ruido, un espacio de silencio para reposar los oídos y los nervios sometidos a tensión.

Cómo alivia, de vez en cuando, que paren los ruidos, que se desaceleren y se calmen los ajetreos de nuestros pensamientos desbocados: las preocupaciones que nos absorben, la hipoteca interminable, la salud que se resquebraja, esa cuestión acuciante que necesita sin tardanza una solución.

Qué bien viene, de vez en cuando, un oasis de silencio para nuestra mente, siempre tan acelerada, tan ruidosa e imparable. Qué bien viene.

Qué sano es, de vez en cuando, que desaparezcan los ruidos, los de fuera y los de dentro. Buscarnos, si es posible, un momento y un espacio para encontrarnos a solas y mirar a nuestro interior, con calma, en el silencio, y ahí escuchar los ecos más profundos de la vida.

Necesitamos silencio para poder seguir hablando. Para que nuestras palabras nazcan preñadas de vida, densas como fruta madura que, llegada a su sazón, se desprende. Las palabras, si están grávidas de sentido y no huecas, tienen que gestarse, alguna vez, en el silencio.

Lo necesitamos para escuchar a los otros sin que tengan que llamarnos a gritos; para escuchar al Otro que siempre habla en silencio; para escucharnos a nosotros mismos, al mundo y a la vida.

Silencio, por favor, de vez en cuando, un oasis de silencio para seguir viviendo como humanos. Un momento de silencio hoy, y buenos días.

Nos falta fraternura

Dice Manolo que nos falta *fraternura*. Y lo dice con tanto corazón, con tantos bríos, que a veces el motor en el pecho le juega malas pasadas y le pega unos zambombazos... de susto. Bueno, el susto nos lo llevamos los demás; él, casi no, y en cuanto se repone sigue insistiendo: fraternura, que nos falta fraternura. Y se explica. ¿Que qué es fraternura?: fraternidad de la que se nota, fraternidad mostrada con cariño y en el cariño. Así de claro; así de importante.

Hay que ver cuánta razón tiene Manolo: necesitamos fraternura, de la que se nota, de la que se siente, de la que se regala día a día en las horas normales sin necesidad de redoble de tambores. Fraternidad en dosis asimilables por el corazón humano, y no solo por su mente.

Y es que a veces se nos llena la boca de una palabra tan grande, FRATERNIDAD, que sin darnos cuenta la metemos enseguida en una retahíla, libertad–igualdad–fraternidad, y porque la tenemos en la cabeza nos creemos que la vivimos. Y así, hijos, o nietos o sobrinos de la revolución francesa, nos olvidamos de las más remotas raíces de esa fraternidad, tan sencillas, tan humanas, tan encarnadas, tan de andar por casa, por la casa familiar en la que somos hermanos todos.

Tendremos que bajar la fraternidad del estante de las ideologías en el que la tenemos archivada. Tendremos que dejar que se ponga en zapatillas, suavécitas y calientes, de las que suenan a hogar y no hacen ruido.

La cosa tiene sus riesgos, claro. Eso de ir por la vida con el corazón en la mano hace que, al primer encontronazo, ya sabemos quien se lleva el golpe: el corazón. Y como no queremos sufrir, muchas veces lo escondemos.

Que sí, Manolo, que es verdad, que nos falta fraternura. Habrá que hacer una campaña de fraternura que se convierta en altavoz multiplicador de luces y deseos hasta contagiar de fraternura a todo el que se cruce en nuestro camino, como si de un virus imparable se tratase. Y tú, cuídate el corazón, que te necesitamos aquí para que nos hables de fraternura, para que tú y todos los que vais por ahí plantándole pasión y corazón a la vida, simplemente nos digáis con fraternura: ¡Buenos días!

49

Botas de bronce

En el Camino de Santiago hay unas botas de bronce. Están detenidas allí, al borde del sendero que recorren desde hace siglos los peregrinos. Desde ese punto queda solo una jornada para llegar al Monte del Gozo y saber que se ha conseguido alcanzar el destino ganado paso a paso, huella a huella, desgastando suelas, desgastando vida, pateando el polvo y el barro y el cansancio. Cuando se llega a esa altura del camino, ahí, donde están las botas de bronce detenidas bajo una bóveda de belleza hecha árboles, zarzas, pizarra y tierra oscura, el peregrino siente que el corazón se le acelera porque ya se le anuncia que está a punto de llegar, a solo una jornada de Santiago.

Dicen que las botas son de un peregrino que soñó durante un año su andadura.

«¿Sabes? –decía–. El camino de Santiago es... como debería ser la vida normal: allí todos somos caminantes, nada más. Si necesitas silencio, puedes tenerlo y quedarte solo con el sonido del viento, con el canto de los pájaros, con el murmullo de los arroyos, contigo mismo. Si prefieres charlar, siempre hay un caminante con el que conversar de todo lo humano y lo divino y compartir tus pasos. En el camino –insistía él–, se necesitan muy pocas cosas para vivir. Y, sobre todo, las cosas son... de quien las necesita, sencillamente».

Y seguía hablando del olor de la tierra mojada; de la paleta de verdes, ocre, pardos y amarillos; del aire limpio y fresco de la mañana; del sonido crujiente o chapoteante de los propios pasos; de la luz deshilachada filtrada entre las ramas...

Dicen que las botas son de un peregrino que, en ese punto, a una jornada de su destino, acelerado el pecho de cansancio y esperanza, en camino, bastón por delante y mochila a la espalda, se llevó una mano al corazón, cayó de rodillas y apoyó la frente en la tierra. Nada más. Allí abrazó a Dios, a una jornada de Santiago.

Y ahora, al ver ahí el bronce de las botas piensas en la vida, que es un camino; y piensas en la muerte, que es un encuentro, repentino tantas veces; y en las jornadas del hombre sobre la tierra; y en el caminar compartido... Y piensas que, una vez aceptada la muerte como parte de la vida, que es lo difícil, lo duro, no puede haber una muerte más hermosa, con más gozo, con más esperanza: en camino, con el bastón en la mano y las botas puestas, con los ojos escrutando en la distancia la meta deseada y a punto de llegar. Y que Dios te salga al encuentro y te abraze para siempre, ahí, en el camino. Y que tus botas se detengan en el tiempo convertidas en bronce.

Dicen que el peregrino quedó con una sonrisa de paz y de alegría que se adentró en los suyos con una mezcla de dolor y de esperanza de las que no se explican, de las que se viven dentro.

Sé que es verdad. Y lo revivo cada vez que veo ahí, detenidas en bronce, en el camino, las botas de mi padre, el peregrino que abrazó a Dios a una jornada de Santiago.

Índice

[Buenos días y un puente de papel](#)

[Os voy a contar un secreto](#)

[Historia de unos «buenos días» y de un puente de papel](#)

[1 Los del siglo pasado](#)

[2 No es tan difícil ser amable](#)

[3 Círculos virtuosos](#)

[4 No es fuera de nosotros, sino dentro](#)

[5 24 horas al día](#)

[6 Francisco el Buenagente](#)

[7 Belleza, verdad y bien](#)

[8 Millonarios viviendo en la miseria](#)

[9 Que los malos se hagan buenos](#)

[10 Que no nos maten la ilusión](#)

[11 Estoy pensando en ti](#)

[12 Para quien quiera escuchar](#)

[13 Sonrisas de oferta](#)

[14 Solo por hoy](#)

[15 Construyendo un puente](#)

[16 Dolor sí, pero no heridas](#)

[17 El niño que llevamos dentro](#)

[18 No digas «no puedo hacerlo»](#)

[19 Estoy llena de deudas](#)

[20 ¡Si te mandé dos lanchas...!](#)

[21 El amor no es ciego](#)

[22 Estrenamos libreta](#)

[23 Receta casera](#)

[24 No todo vale](#)

[25 Escuchar cuando no canta](#)

[26 Los sentimientos no se discuten](#)

[27 Cordialidad: un eco de corazón a corazón](#)

[28 Domingo de Ramos](#)

[29 Buenos días en plural](#)

[30 Como piezas de un mosaico](#)

[31 Antes de que la vida nos sonría](#)

[32 Va por ti, camionero](#)

[33 Consejeros y consejeros](#)

[34 Vidas hechas trenzas](#)

[35 Sin manual de instrucciones](#)

[36 Derecho a meter la pata](#)

[37 La suerte de tener abuelos](#)

[38 Para qué la sed](#)

[39 Conozco a una profesora](#)

[40 Vivir del cuento](#)

[41 Una sola lengua](#)
[42 Te presto mi voz](#)
[43 Ojo al timón](#)
[44 Me gustas como eres](#)
[45 Peces atrofiados](#)
[46 No estamos solos](#)
[47 Silencio, por favor](#)
[48 Nos falta fraternura](#)
[49 Botas de bronce](#)

^[1] MICHAEL ENDE, *Momo*, Barcelona, Círculo de Lectores 1989, p. 15–16.

^[2] *Ib*, 20.

Índice

Buenos días y un puente de papel	2
Os voy a contar un secreto	3
Historia de unos «buenos días» y de un puente de papel	5
1 Los del siglo pasado	7
2 No es tan difícil ser amable	8
3 Círculos virtuosos	9
4 No es fuera de nosotros, sino dentro	10
5 24 horas al día	11
6 Francisco el Buenagente	12
7 Belleza, verdad y bien	13
8 Millonarios viviendo en la miseria	14
9 Que los malos se hagan buenos	15
10 Que no nos maten la ilusión	16
11 Estoy pensando en ti	17
12 Para quien quiera escuchar	19
13 Sonrisas de oferta	20
14 Solo por hoy	21
15 Construyendo un puente	23
16 Dolor sí, pero no heridas	24
17 El niño que llevamos dentro	26
18 No digas «no puedo hacerlo»	28
19 Estoy llena de deudas	29
20 ¡Si te mandé dos lanchas...!	30
21 El amor no es ciego	31
22 Estrenamos libreta	33
23 Receta casera	34
24 No todo vale	36
25 Escuchar cuando no canta	37
26 Los sentimientos no se discuten	38

27 Cordialidad: un eco de corazón a corazón	39
28 Domingo de Ramos	40
29 Buenos días en plural	41
30 Como piezas de un mosaico	42
31 Antes de que la vida nos sonría	43
32 Va por ti, camionero	44
33 Consejeros y consejeros	45
34 Vidas hechas trenzas	46
35 Sin manual de instrucciones	47
36 Derecho a meter la pata	48
37 La suerte de tener abuelos	49
38 Para qué la sed	50
39 Conozco a una profesora	51
40 Vivir del cuento	53
41 Una sola lengua	55
42 Te presto mi voz	56
43 Ojo al timón	58
44 Me gustas como eres	59
45 Peces atrofiados	60
46 No estamos solos	62
47 Silencio, por favor	63
48 Nos falta fraternura	64
49 Botas de bronce	65